The Library
of the
University of North Carolina

This book was presented
by
The Rockefeller Foundation

898.2
S681m

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
10002080301

This book is due at the LOUIS R. WILSON LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.
DEC 16 1996			
	DEC 17 96		

Form No. 513

MUJERES DE AMOR

JUAN JOSÉ DE SOIZA REILLY

MUJERES DE AMOR

BIBLIOTECA
LITERARIA ARGENTINA
FLOREAL

BUENOS AIRES
M C M X X V I

La Dirección de la Biblioteca Literaria Argentina «FLOREAL» recomienda en forma especial la lectura de los libros «PECADORAS», «NO LEAS ESTE LIBRO» y «CRIMINALES» del mismo autor del presente. El primero citado, injustamente acusado de «inmoral», por lo que dió motivo a que su autor diera a publicidad «NO LEAS ESTE LIBRO» y en cuanto a «CRIMINALES» — última obra de Soiza Reilly — después de haber «desaparecido misteriosamente» los originales, para impedir así su publicación, fué amenazado con el pedido de EXCOMUNION al Vaticano en Roma.

A pesar de todas las prohibiciones, secuestros y amenazas, estos tres libros honran las letras argentinas y apelamos al juez supremo: al lector, para fallar en lo que respecta a su valor literario, a su espíritu altamente sincero y a su fondo humano, aun cuando audaz y descarnado.

Todas las «guerras» llevadas a cabo contra Soiza Reilly por la publicación de los citados libros, no sirven más que para confirmar su indiscutible valor.

La Dirección

3968-96

MUJERES DE AMOR

Las mujeres que se venden

El novio que pasa....

—¡Dora! ¡Dorita!

—Ya voy, mamá. ¡Déjame un ratito!

—No, Dora. Van a ser las ocho. ¿Crees que son horas de estar en el balcón?

—¡Pero, mamita! Recién encendieron los focos de la calle Cabildo.

—No insistas, nena. Cierra el balcón. Siento frío. Además, ¡qué dirán los vecinos!

—¡Oh, los vecinos! ¿Acaso todas las muchachas de Belgrano no salen al balcón? ¡Los vecinos! Siempre los vecinos... ¡Ufffa!

Y Dorita, muy lentamente, sin dejar de mirar hacia

la calle, desplegó las celosías del pequeño balcón, cerrando las dos hojas.

La pieza quedó a obscuras. En la sombra oyóse de nuevo la voz de doña Clara:

—¡Enciende la luz, Dora!

El resplandor de la bombita iluminó la sala. Era una sala familiar. De esas salitas criollas cuyos muebles se heredan como joyas antiguas. Muebles muy pobres, sí, Pero, muebles tan lindos como abuelitos fuleros. Muebles que se mandan al cambalache únicamente en los instantes locos de miseria, porque venderlos equivale a poner en remate nuestro corazón....

El sofá, los dos sillones y las seis sillas, enfundadas de blanco; las carpetitas de la mesa con bordes de crochet; los floreros; el piso sin alfombra, gastado del cepillo; los zócalos pulidos; todo, mostraba claramente que en la casa había mucha pobreza barnizada de higiene. ¡Y a través de esa higiene se adivinaba la ternura doméstica de unas manos de mujer capaces de poetizar la espuma del jabón amarillo!

—¿Quieres alcanzarme las muletas, Dorita?

—Sí, mamá.

Doña Clara tenía ambas piernas paralíticas. Flaca y triste, con dos grandes ojos azules que iluminaban los huesos de su cara, permanecía muchas horas sentada en el sofá, esperando la muerte. Era joven aún, pero las tristezas de la vida, las angustias del pan, la fatigosa necesidad de esconder los infortunios y la terrible parálisis que le ataba las piernas, la envejecieron al cumplir cuarenta años. Cansada de sufrir, esperaba la muerte. La esperaba, pero no la quería... ¿Cómo había de querer marcharse de la tierra, dejando abandonado a su marido, tan bueno, tan honrado, tan triste? ¡Irse de su lado, después de veinte años de vivir juntos! Irse dejándole, como único recuerdo de su amor, ese par de muletas horribles!

—Pobre Javier!

Y pensaba con rabia que su marido nunca había podido hacer fortuna a causa de su honradez. Nadie se atrevía a proponerle negocios lucrativos. Su honestidad espantaba a los capitalistas... ¡Apenas si conservaba su puestito en la Aduana! ¡Y siempre enfermo. Siempre tosiendo. Siempre aspirando en los galpones de la dársena el polvo de las bolsas; ese polvo de muerte que transmite a menudo, microbios de carbunclo...

—¡Morir!

¡Era muy fácil hablar de la muerte! Pero ¿y Dorita? ¿Era justo, gran Dios, dejarla abandonada? ¡No, no y no! Era un crimen morir para dejar sin madre a esa chica preciosa! Su única hija. ¡La única!...

Dora acababa de cumplir diez y seis años. Dejarla huérfana a esa edad, era exponerla a todos los peligros. Si hubiera sido fea, quizás no. Las feas son virtuosas por necesidad. Pero Dora, ¡tan linda!

—¿Quieres alcanzarme las muletas, Dorita?

Y mientras Dorita corría a buscar las muletas, doña Clara admiraba a su hija. Sentíase orgullosa de ser madre de aquella chiquilina cuya cabeza llena de rulos áureos le recordaba siempre la de los angelitos de la iglesia. ¡Rubia encantadora! Esbelta y fina, Dorita, al andar, daba la sensación voluptuosa de un galgo, con la línea ondulante de las piernas que se le veían o se le adivinaban bajo la pollerita tan exigua que las medias «fisel» — de color de la arena, — contribuían a vestirla mucho más que la falda...

—Ahora, Dorita, ayúdame. Llévame al comedor.

—Sí, mamita.

—¡Espera! Caramba... Esta muleta... Ahora sí, levántame de la cintura.

—Bueno, mamita. ¿Puede?

—¡Ya está! Gracias, preciosa...

Y Dorita, sosteniéndola, ayudaba a avanzar a do-

ña Clara, que, con el cuerpo oscilante entre las dos muletas, arrastraba las piernas por el piso. De pronto la enferma se detuvo:

—¿Qué es eso?

—Nada, mamá. ¡Es en la calle!

Se ruborizó... En el balconcito sonaron tres silbidos.

—¡Han silbado!

—¿Tienes miedo, mamá?

—¡Ah, pícara! Ya comprendo.

La rubia inclinó la cabeza, riendo con picardía.

—Sí, mamita. ¡Es Conrado! No me ha visto en el balcón, y me avisa que pasa...

Amores de Carnaval

Conrado conoció a Dora en casa de las chicas de enfrente. En una tertulia de carnaval él se le aproximó, invitándola a bailar.

—Yo no bailo, señor.

—¿No baila? Imposible, señorita...

—Verdad, señor. No bailo.

Dorita estaba sentada. Conrado, de pie, insistía:

—No puedo creer. ¿Tendrá compromiso con otro? Si es así, me retiro.

—No, señor, — se apresuró a exclamar Dorita. — No tengo compromiso con nadie. Si supiera bailar, bailaría...

Varias veces, pudorosamente, mientras hablaba con él, Dora levantaba los ojos para verlo. ¡Qué ojos los de

Conrado! Eran grandes, negros como adormecidos entre las pestañas largas y acariciadoras: ¡Qué manera de mirar la suya!

Conrado tendría poco más de veinte años. Lindo, gordito, elegante, usaba el cabello cepillado hacia atrás y accionaba como artista de cine.

—Aunque no baile, señorita, acompáñeme a pasear. Charlaremos...

Ella accedió.

Al apoyarse en el brazo de Conrado, todo su cuerpo maravilloso de jovencita esbelta se estremeció en delicias, como si de repente la envolviera un perfume de rosas.

Conrado era de menor estatura que ella. Dora, para verlo, tenía que inclinar un poco la cabeza. Sin embargo, trataba de no mirarlo mucho... Aquellos ojos entredormidos la devoraban dulcemente. La comían íntegra con la suavidad de una llama que consume a caricias las maderas más duras... ¡Dora sentíase compenetrada de ese fuego que la envolvía desde la cabellera de rulitos de oro, hasta la blusa de seda palpitante y deliciosa como una primavera!

—¿Quiere que nos sentemos en el patio? Ahí hace más fresco. Bajo la madreselva, señorita.

—Bueno, señor.

—¿Usted vive aquí en Belgrano, señorita?

—Sí, señor.

—¿Quiere hacerme un gran gusto?

—Diga, señor.

—No me trate de señor.

—¡Vaya! ¿Y cómo quiere que lo llame? ¡Recién lo conozco!...

—Llámeme: ¡Conrado!

—¿Conrado? ¿Usted se llama Conrado?

—Sí... ¿Por qué se ríe?

—Por nada.

—No, hable. ¿Por qué se ríe?

—Por nada.... El domingo, casualmente, ví con mi papá en el cine una película muy emocionante. El protagonista se llama así como usted, ¡Conrado!

Dorita, al pronunciar el nombre de Conrado se estremeció otra vez.

—¡Ese Conrado del cine!, ¿se parece a mí?

—En la cara, sí... Usted lo habrá visto trabajar muchas veces... ¡Wallace Reid!

—¡Oh! ¡Muchas gracias!

—¡Pobre! ¡Viera usted qué desgraciado es! Al fin se mata, porque la novia, Mary Pickford, lo engaña... ¡Qué pícara! ¿Verdad?

Conrado se echó a reir. Dorita, encolerizada contra Mary Pickford perdía la noción de sí misma. Era una apasionada de los dramas del cine. Se enfurecía con los protagonistas que lograban la dicha a costa del sufrimiento ajeno. Bajo su entusiasmo confundía en una sola personalidad los nombres verdaderos de los actores y de las actrices, con los nombres fingidos... En este asunto de Mary Pickford y Wallace Reid—es decir, de Conrado,—ella estaba de parte del suicida.

—¡Pobre Conrado!

—¿De veras? ¿Lo compadece?

—¡Claro! Ella fué sinvergüenza. Una sin-ver-güenza... ¡Así, como suena!

—¡Oh qué gracioso!

—¡Viera usted cómo Wallace Reid estaba enamorado de la Pickford! ¡Con locura!... Se encerraba el pobre Conrado en su escritorio, a fumar, a echar humo... A cada rato besaba el retrato de ella. Entre tanto, Mary Pickford iba detrás de otro...

—Seguramente la película terminaría con un beso. ¡Como siempre!

No crea. Termina con el suicidio de Conrado.

—¿Y ella?

—Se dedica a la bebida.

—¿Lindo, no? ¡Admirable psicología! Y, sobre todo, ¡qué fin tan mortal! ¡Estos autores cinematográficos norteamericanos poseen una imaginación de vigilantes!

Dora y Conrado se sentaron bajo la enredadera. Siguieron hablando de los dramas del cine. De repente, Conrado cambió de tema:

—Y usted, ¿cómo se llama, señorita?

—¿Yo? ¿Para qué quiere saberlo?

—Curiosidad.

—Me llamo Dora.

—¡Qué lindo nombre! ¡Dora, Dorita... Dora, Dorita!

Repitiendo el nombre, Conrado daba a su voz una amorosa suavidad de pasión:

—¡Dora, Dorita... Dora, Dorita!

Ella bajó los ojos, para oirlo, dejándose mecer por la música de los labios del joven...

—¡Feo nombre!

—Lindisimo. Como la dueña...

Conrado no era tímido. Poco a poco se fué acercando a la cara de la joven, como atraído por una fuerza extraña. La madreselva los escondía de la concurrencia. Además, la algazara de las máscaras y el entusiasmo de los contertulios no daban tiempo a nadie de espiar a las parejas.

—¡Dora, Dorita!

Los labios de Conrado se le aproximaron. Dorita ni se movía, como si una fatalidad la mantuviera extática. De improviso tuvo una reacción. Conrado iba a besarla. ¿Cómo? ¿Tan pronto? ¡Era una insolencia!... Dió vuelta la cabeza para enojarse con él. Sus ojos se encontraron con las largas pestañas, con los ojos profundos, con las pupilas soñadoras.

—¡Dora! ¡Dorita!...

Conrado la besó en la boca apretadamente, con un beso profundo de cinematógrafo....

Después, ambos quedaron inmóviles. Fríos. Absortos... Largo rato permanecieron en sus sillas, sin hablar. Sin mirarse. Sin ver siquiera que un señor muy gordo, de jaquet, se les había acercado.

—Señorita Dora... ¿Cómo está usted? ¿Y su mamá? ¿Siempre enferma?

Conrado se levantó. Dora tuvo que hacer un esfuerzo enorme para responder a las preguntas.

—Sí, don Gaspar. Está mejor.

—¿Y su papa, Dora?

—Bien, don Gaspar.

—¡Está buenito!... ¿Linda fiesta, no? ¡Eh, sí!

Luego, dirigiéndose a Conrado:

—¿Y usted, joven, quién es? Algún primo suyo...

—No, don Gaspar. Es un amigo.

—¿Un amigo?... ¡Está buenito!... ¿Se divierten? ¿Sí?

—Sí, señor—contestó de mal humor Conrado.

—¡Ufffa!—decía Dora interiormente.—¡Cuándo se irá este imbécil!

Don Gaspar siguió hilvanando preguntas tan insípidas que Conrado, de buena gana, le hubiera dado un puntapié. ¡Antipático! Era gordo y grande como todos los hombres habituados a andar con animales. Su aire de novillo, de expresión rural, de novillo rico, molestaba como una ofensa tosca... Al hablar, movía con exceso las manos, cargadas de sortijas. En la corbata lucía un brillante del espesor de un dedo. En el chaleco una gruesa cadena de oro le cruzaba de parte a parte la barriga, ostentando en el centro una gran medalla parecida a un ombligo, y repleta, hasta los bordes, de brillantes y perlas.

—¿Conque se divierten? ¡Está buenito!... Y ya que usted no baila, caballero, ¿quiere usted, Dora, bailar conmigo?

—No bailo, don Gaspar.

—¡Está buenito! Yo tampoco bailo, pero me hubiera gustado que me diera lecciones. ¡Eh, sí! Cuando yo era

joven no pude aprender porque los pies se me enredaban... ¡Está buenito!

—¡Ufffa! ¡Ufffa!

Por fin don Gaspar decidió irse.

—Bueno, adiós, Dorita. Recuerdos a doña Clara y a don Javier. Dígales que siempre estoy a sus órdenes. Sé que ustedes se sirven de otro almacén, pero no importa. Yo les puedo ofrecer mercaderías de primer orden a precios reducidos... ¡Adiós!

—¡Ufffa!

—¿Quién es ese bruto?

—¿No lo conoce? El almacenero de la esquina, don Gaspar Gasparini. Dicen que es millonario. Tiene cuatro almacenes y una manzana enterita de casas...

La esperanza

Desde aquella noche, Conrado fué novio de Dorita, rabiosamente enamorado de ella, Conrado trabajaba en una compañía de seguros. Con los doscientos pesos que ganaba, tenía para vivir cómodamente. Pagaba ochenta pesos de pensión.

Su familia vivía en Santa Fe. El padre era juez jubilado, el doctor Ardanza Páez, y una de sus hermanas hallábase casada con un hombre muy rico, abogado y ganadero.

Todas las tardes al salir de su empleo, Conrado pasaba varias veces frente al balcón de Dora. Pasaba despacio, pero sin detenerse, cambiando frases breves con ella, telegráficamente, para que los vecinos no se dieran cuenta.

—¿Hoy va al cine, Dorita?

—¡No! Mañana.

Volvía a pasar:

—¿Habló con su mama? ¿Le dijo?...

—No me atrevo.

—¡Dígale!

Dora no se atrevía. No por temor a que doña Clara se opusiera. ¡Qué esperanza! ¡La paralítica era tan cariñosa con ella! Además, doña Clara, desde su sillón, vió pasar tantas veces a Conrado y oyó tan a menudo sus inocentes cuchicheos, que aunque Dora nada le decía, ella estaba al corriente de sus amoríos. Y el aspecto de Conrado no le disgustaba. Tenía cara de «mozo distinguido»...

Una noche, Dora se atrevió:

—¡Mamita!... ¿Tú has visto a ese muchacho que me afila? Es muy decente... Bueno, yo quería... quería decirte... que...

—¡Vaya, chiquilina! ¿Qué? Habla...

—Que... desea pedir permiso a papá para visitarme... ¡Sí, sí, mamita! ¡Dígale a papá que sí!

—Calma, Dorita. No te apures. Veremos...

Por la noche, cuando don Javier regresó de la Aduana, doña Clara habló con su marido del asunto. Entre tanto, Dora se escondió en su dormitorio y le encendió dos velas a la Virgencita de su cabecera.

—¡Dora! ¡Ven acá!

Colorada como una brasa llegó corriendo al llamado de don Javier.

—¿Qué, papito?

No pudo decir más. Arrojóse en los brazos de su padre, llorando.

—No llores, queridita. Everiguaremos quién es ese ladrón de corazones. ¿Conrado se llama? Si es mozo de porvenir y si viene con buenas intenciones...

Máquinas de coser pantalones

Esa misma noche, don Javier se sintió enfermo. El excesivo trabajo, ese continuo trajín en los galpones de la Aduana, entre el polvillo de las bolsas y la mala alimentación, con almuerzos de fiambres, a la disparada, habían carcomido su organismo. Fué necesario llamar al médico.

—No es grave—dijo el doctor.—Pero necesita mucho reposo. Está muy débil.

Don Javier pidió permiso para faltar a la oficina durante una semana. Después, como al cabo de la semana se sentía más débil, solicitó licencia por un mes. Transcurrido el mes, no mejoraba. Sufría violentos dolores de cabeza. No pudo concurrir a su puesto.

Un compañero de trabajo vino a verlo.

—Le traigo una mala noticia, don Javier.

—¿Qué? ¿Me han destituído?

—No, don Javier. Pero el jefe, en consideración a usted, le aconseja que, a fin de evitar la pérdida del puesto, se acoja a la jubilación.

—¡Amigo! Me faltan cinco años para tener derecho a ella.

—Puede pedir media jubilación. Es decir, medio sueldo...

—¡Medio sueldo! Gano doscientos. Media jubilación son cien... ¿Cómo viviremos con cien pesos mensuales? Mi mujer paralítica. Yo tan débil. Mi hijita... ¡Oh, qué desdicha!

Tuvo que resignarse.

—¡No te aflijas, papá!—le decía Dora.—Yo buscaré costura. Haremos economía. Despediremos a la sirvienta... Yo haré todo.

Fingía estar alegre para que los viejos no se acongojaran. Pero cuando ellos dormían, Dora lloraba bajo las sábanas... Sobre todo lloraba al pensar que Conrado no podría visitarla. ¿Por qué? ¡No convenía que él la viera tan pobre! Más adelante, sí...

Recorrió varios registros y tiendas, pidiendo trabajo de costura. ¡Era lo único que sabía hacer! Por fin, en la Intendencia de Guerra le dieron pantalones de brin. ¡Pagaban una miseria!...

Levantábase tempranito. Permanecía largas horas cosiendo sobre la máquina. Interrumpía su labor a cada instante para vestir a la paralítica, para hacer la sopita del padre, para tender las camas. ¡Vida infame!... Suerte que a la tarde, la vida se embellecía para Dora. La chica se arreglaba los rulitos de oro delante del espejo. Un poco de polvo para cubrir algunas pecas. Y salía al balcón...

—Buenas tardes, rica.

—¿Cómo le va, Conrado?

El pasaba. Volvía.

—¿Ya no va al cine, Dora?

—No puedo... Mis enfermos.

—¿Cómo siguen?

—Regular.

—Tengo hambre de hablar con usted.

El insistía en querer visitarla. Ella negábase con excusas. Su mejor pretexto era la enfermedad de los dos viejecitos.

—Yo le avisaré, Conrado. Dentro de poco....

Ella pensaba en los muebles viejos. En la falta de comodidades. Las noches de visita habría que obsequiarlo con licor y masitas. Además, una vez autorizado a visitar oficialmente, Conrado se enteraría de que no tenían aparador, ni cosas finas, ni servilletas de hilo, ni sirvienta... ¡Conrado, hijo de un juez! No. No... Por otra parte, ¡qué vergüenza si Conrado descubría que ella trabajaba «para afuera», haciendo pantalones de brin!...

—Avíseme pronto, Dora. ¡Tengo tantas cosas que decirle!

Y ella, para no llorar en el balcón, se iba.

—Hasta mañana, Conrado. Me llaman....

¿Quién la llamaba? Nadie... Es decir, quien la llamaba, en silencio, como llaman los muertos, era la máquina de coser pantalones....

Adiós, miseria!

—¡Nena! Están golpeando.

Dorita asomóse al zaguán.

—Ah, don Gaspar. ¿Es usted?

—Señorita, ¿cómo le va? ¿Y sus papás?

—Regular, don Gaspar.

—¡Está buenito!...

—¡Qué milagro, por acá, don Gaspar!

—¿Sabe? Yo venía a hacer una visita a los viejos.

—Pase. Con mucho gusto. Mamá está en la sala con papá. La pobre está siempre con las piernas paralíticas.

—¡Ah, caramba! Lo siento. Entraré un momento. ¡Está buenito! ¡Está buenito!...

Permanecía con la boca abierta, ostentando su gran cadena de oro; moviendo sus manos llenas de brillantes, luciendo con orgullo su gordura zoológica de hombre rico y sincero...

—¿Qué milagro por aquí, don Gaspar?,—le dijo don Javier.

—¿Eh, sabe? A mí me gustan conservar los amigos. Hace tanto tiempo que lo conozco a usted y a doña Clara... ¿Se acuerda cuando puse el bolichito en la esquina? Hace como veinte años...

—Es cierto, don Gaspar. ¿Se acuerda? — exclamó

doña Clara, evocando con alegría las horas en que la vida le había parecido una novela. ¿Se acuerda? Nosotros estábamos en nuestra luna de miel y le comprábamos latas de sardinas, para no cocinar. ¡Eramos tan pobres y tan felices!...

—¿Se acuerda las sardinas?... Yo siempre tengo en mis almacenes conservas de buena calidad.

—¿Cómo? ¿Además del almacén de la esquina tiene otros?

—¡Naturalmente! Cuatro almacenes... ¡Eh, sí! Los negocios no andan mal. Perder se pierde siempre, pero también se gana siempre más de lo que se pierde. Además, tengo casitas...

—¿Pero, no sabes, mamita?—interrumpió Dora.—Las chicas de enfrente me lo dijeron... Don Gaspar ha comprado una manzana de casas en el Retiro...

—¿Cierto, don Gaspar?

—¡Eh, sí! ¡Qué vamos a hacer! ¡Está buenito!...

Y don Gaspar, con deseos de decir otra cosa, se pasaba las manos por el bigote a lo Humberto I. Se rascaba la frente para que le fulguraran los anillos.

—¡Qué bonitos brillantes!—exclamó doña Clara.

—¡Eh, sí! Son bonitos. Pero de noche, con la luz eléctrica, brillan propiamente como las estrellas. Otra vez, doña Clara, voy a venir de noche para que los vea... O mejor, ahora mismo. Cierre los postigos, Dorita. Encienda la luz... ¡Así! ¡Oh! Vea cómo brillan... ¡Vea! ¡Vea!

—¡Magníficos!—exclamó don Javier.

—¡Fantásticos!—agregó doña Clara.—Y dígame, don Gaspar, ¿cuántos hijos tiene usted?

—¿Hijos? Está buenito... ¿No sabe que soy soltero?

—Hace bien, don Gaspar. ¡No se case!

—¿Cómo? A propósito... Yo quería pedirles un consejo.

—Hable, don Gaspar. Ya sabe que las únicas cosas buenas que pueden dar los pobres, son consejos.

—Entonces, dígale a la señorita Dora que se vaya. Es un secreto.

Dora hizo mohín de disgusto. Y se fué....

¡Con qué fruición hubiera querido conocer «el secreto» de ese viejo gordo y petulante. Para las mujeres, un secreto, aunque no las interese, las apasiona por simple espíritu de curiosidad.

—Ya se fué. Hable, don Gaspar.

—Sucede que... ¡Es así! No me atrevo. ¡Está buenito!

La cara robusta del almacenero se puso roja de rubor infantil. Don Gaspar tragó saliva. De improviso, estalló como una bomba:

—Y bueno. ¡Ultimamente! ¡Qué tanta «paura»! Yo tengo mucha plata, y la hija de ustedes, Dorita, me vendría bien para casarme con ella. ¿Quieren? A mí me gusta mucho la pebeta...

Se regodeaba. Se pasaba la lengua por los labios. Movía el vientre, respingándose para mostrar la cadena y la enorme medalla. Con una mano se acarició la cara desde la frente hasta la barba, para que irradiaran los anillos. Hubo un momento en que miró los postigos abiertos y la luz apagada. ¡Oh, si hubiera sido de noche!

—¿Qué me contestan? Hablen...

—¡Pero, don Gaspar! Su pedido nos ha emocionado profundamente...

La paralítica y el marido, permanecían atónitos. No esperaban aquello. El alma les corría por la sangre. Querían llorar. Querían reir... Pensaban que con esa bolsa de gordura constelada de brillantes entraba la riqueza en la casita humilde y miserable. Casándose Dorita con don Gaspar, «¡adiós miseria!» ¡Adiós pantalones de brin! ¡Adiós sacrificio de la buena Dorita echando los bofes sobre la máquina asesina, cómplice de todas las tisis!

—¡Oh, don Gaspar! ¡Déjenos llorar un poquito!

Doña Clara y don Javier se abrazaron llorando. Luego,

la paralítica, desde su sillón, tendió sus dos manos flacas hacia los brillantes del almacenero.

—¡Deme esas manos benditas, don Gaspar!

Y don Gaspar sentía en el pecho, a través de su tejido adiposo, algo semejante al tic-tac de un reloj. ¡Eh, sí! También él tenía corazón, a pesar de sus joyas lujosas. Tendió sus dos manos rechonchas a la enferma. Doña Clara comenzó a besárselas, llorando, sin saber si besaba las manos o si besaba los anillos!...

—Vea, don Gaspar. Hablaremos con Dora. Mañana le contestaremos....

Un Alma

Al día siguiente, don Javier, cruzaba la calle. Iba al almacén.

—¿Está don Gaspar?

—Sí, señor. Allí, en el escritorio.

Don Gaspar, en mangas de camisa, sumaba una libreta. Estaba sin cadena, sin anillos, sin medalla...

—¡Don Javier! ¡Tanto gusto! Siéntese un momento. Está buenito... Voy adentro y vuelvo en seguida, don Javier.

Volvió con la cadena, con la medalla y con los anillos.

—Estoy a sus órdenes, don Javier. ¿Qué ha contestado la hija Dorita? ¿Conforme? ¿Eh, sí?

—Vea, don Gaspar. Yo...

Y el pobre viejo, entre suspiros, explicó al almacenero que Dorita tenía un novio. «Un mocito bien...» Un lindo muchacho, hijo de una buena familia de Santa Fe. Un joven trabajador. Estaba enamorado locamente de Dora... Ayer, cuando don Gaspar les hizo el ofrecimiento, ellos, en su alegría, no habían pensado en eso.

—Sí, pero ustedes, como padres,—exclamó don Gaspar,—pueden aconsejarla.

—Aconsejarla, sí.

—Pueden obligarla también. Ustedes son los padres. Si Dorita se casa conmigo, ustedes vivirán con nosotros. Serán ricos... En cambio, con ese «mocito bien», sabe Dios lo que puede ocurrirles.

—Oiga, don Gaspar. Usted podrá tener razón, pero ni mi mujer ni yo tenemos derecho a enriquecernos vendiendo a nuestra hija...

—La ley...

—No hay ley decente, don Gaspar, que autorice a ningún padre a casar una hija contra su voluntad y mucho menos en provecho propio. ¡Sentimos mucho, don Gaspar!

Mientras don Javier le daba estas últimas razones, el almacenero, en silencio, comenzó a quitarse los anillos, uno tras otro. Se quitó la cadena y el reloj. Guardó las joyas en el cajón del escritorio y, en seguida, con lentitud, apoyó los brazos en la mesa. Escondió la cabeza entre las manos. Y lloró como un perro...

La costurerita vergonzante

Era inútil.

La miseria se metía cada vez más adentro. Era en vano que Dorita se extenuara sobre la máquina asesina, haciendo pantalones. ¡Maldita sea la memoria del que deshonró a la humanidad inventando la máquina de coser! ¡Maldito!... ¡El murmullo de una máquina de coser a media noche, es la voz que ha inspirado a muchos anarquistas!...

—¡Cuándo dejaremos de sufrir!

La parálisis progresiva de doña Clara invadía la cintura de la pobre señora. Ya no eran solamente las piernas las que se negaban a moverse. Ahora eran los brazos...

Don Javier leyó en un diario que varias personas paralíticas habíanse curado con masajes eléctricos. ¡Masajes eléctricos! ¿Con qué?... La jubilación de don Javier apenas alcanzaba para los alimentos. Debían cuatro meses de casa...

Un día el carnicero no quiso dejarles la carne del puchero.

—Si no me pagan la cuentita atrasada, tendré que demandarlos...

Y empezó la tragedia silenciosa de los hogares en derrumbe. Empezó esa especie de asesinato que las familias pobres cometen con sus muebles más inolvidables: ¡el cambalache!... Hoy se nos va una mesa. Mañana, una silla. Después, un ropero. Más tarde, hasta la imagen de la Virgen a cuyos pies lloraba nuestra abuela y ante la cual mamá nos enseñó el «bendito...»

Y así, con cada mueble familiar que sale de la casa, se asesina un recuerdo. Se mata un cariño. Se borra la estela de un antepasado...

—Hay que vender el juego de sala

—No, mamita. Esperemos...

¡Esperemos! ¿Esperemos qué?... ¡Oh dulce esperanza, detrás de cuya verde sombra sólo encontramos sombra!

Fué necesario venderlo. Y de la misma manera vendieron las sillas del comedor, el ropero de Dora, la mesita de luz de doña Clara. ¡Todo!

Dorita veíase obligada a realizar maniobras infinitas para traer y llevar la costura.

Temía que Conrado la viera.

—Si él llegara a conocer nuestra penosa miseria, es capaz de dejarme. ¡Cuántas heroínas de cine he visto abandonadas por sus novios al saber que eran pobres!

Con el gran paquete de pantalones bajo el brazo, corría,

ocultándose, hasta la calle Cabildo, donde tomaba el tranvía eléctrico. En el acoplado, y llena de vergüenza, ocultaba la cara detrás del envoltorio. Si podía, compraba una novelita de diez centavos. Se sumergía en la lectura como en un baño delicioso de olvido. De ese modo evitaba el asedio de los galanteadores que ante su belleza viajaban pendientes de su efluvio. Su aspecto de muchacha fina, alta, garrida y su elegancia ingénita de muchachita de salón, contrastaba con la modestia del lío de costura que llevaba en las faldas.

—¡Ah, qué desgracia si Conrado me viera así, sola en el tranvía!

Y como bajo el influjo de la telepatía, se estremeció. Levantó los ojos. Conrado, de pie, la contemplaba riendo...

—¡Dora, Dorita!

—¡Usted, Conrado!

—¿Dónde va?

—Este... Este... Voy al centro.

No sabía qué mentira inventar. Veinte le cruzaron por la inmaginación. Ninguna era aceptable.

Felizmente, Conrado se sentó a su lado, tan cerquita, y le hablaba con un gozo tan íntimo, tan espontáneo, tan loco de amor que estaba como ciego. No insistió en averiguarle a dónde iba... ¿Para qué? ¿Acaso el sitio a dónde ella iba, no era el mismo caminito del cielo?...

Cuando el tranvía se aproximaba a la Intendencia de Guerra, Dora exclamó:

—Adiós, Conrado. Yo bajo en esta esquina.

—La acompaño.

—¡No, por favor!

—Pero, ¿por qué?

—Pueden vernos.

—¿Qué nos importa? ¿No es usted mi novia? ¿Qué nos puede preocupar el mundo? Yo la quiero a usted por encima de todas las cosas vulgares de la vida...

Dora, inconscientemente, miró el paquete de los pan-

talones. ¿Sería verdad que Conrado la amaba a pesar de todo y «por encima de todas las cosas vulgares de la vida?»

Bajaron frente a la Intendencia. Muchas costureras entraban por el portón, llevando bultos iguales al de Dora.

—¡Adiós, Conrado!

Con el paquete sostenido del hilo, Dora temblaba.

De improviso, Conrado, comprendió...

—¿Es costurera?

—Sí.

La miró al alma con los ojos tristes. Le tomó el paquete y, al tomárselo, le acarició los dedos.

—¡Pobrecita mi nena! ¡Vamos!... ¡Yo te acompañaré a entregar esto que vale más que todas las riquezas del mundo!

Y luego, al oído:

—¡Te adoro, mi rica!

Oro y miseria

Estalló una huelga general. Todas las fábricas se clausuraron. La Intendencia de Guerra vióse complicada a cerrar sus talleres.

—¡No hay más costura!

Una mañana Dora volvió con las manos vacías.

La situación de angustia se prolongaba. Don Javier había recurrido a las estratagemas más pintorescas del hambre para obtener dinero honestamente. ¡Imposible! La miseria que se posesiona de una familia, se asemeja al gato que captura un ratón. Juega con él. Lo engaña. Le hace creer que está libre. Lo atrapa de nuevo. Lo estruja. Lo deja. Torna a morderlo. Y, por fin, lo estrangula....

—Sería necesario vender algo.

—¡Algo! ¿Qué?

Sólo les quedaban las camas y algunas cosas sin valor ninguno. Desde la máquina de coser—¡adiós, asesina!—hasta los objetos más insignificantes, la casa había salido con rumbo a los cambalaches de los moscovitas.

Doña Clara, cada vez más inmóvil, ya no se levantaba de su lecho. Don Javier permanecía, horas y horas, en un rincón, con la cabeza entre las manos. La misma Dorita, no obstante su carácter jovial, ocultábase, cuando no la veían, en el fondo de la casa, consolándose en lágrimas... La falta de alimentos sólidos daba a su rostro una palidez de virgen de cera. Estaba más hermosa que nunca. (El martirio embellece a las vírgenes). Pensaba en Conrado y en sus pobres viejos... A menudo, en los momentos de desesperación, recordaba a don Gaspar, el almacenero... ¡Oh, qué asco! ¡Tantos brillantes! ¡Tanta gordura!...

Dora admiraba el sacrificio de sus padres. Con delicadeza exquisita, ni don Javier ni doña Clara le habían dicho una sola palabra desde que ella, indignada, rechazó la oferta del rico don Gaspar. Jamás, desde entonces, le insinuaron que la salvación de la familia estaba en su casamiento con el almacenero. ¡Mártires!... Preferían la muerte antes que sacrificar los ensueños de Dora.

—Oye, nena,—dijo la paralítica.—Busca en este cajón que está bajo mi cama. Encontrarás un envoltorio azul.

—No, mamita. ¡Eso no!

—Es necesario. No hay más remedio...

—No, mamita. ¡Eso no!

Era el traje de novia de doña Clara. La enferma lo conservaba como única reliquia de su juventud. Era el único recuerdo de su belleza. Era la última ceniza de su amor... Vendérselo era arrancarle el alma con la misma crueldad con que los niños arrancan las plumas a los pollitos vivos...

Doña Clara, a través de los años, conservaba intacto

su traje nupcial, librándolo de la polilla, salvándolo de la vejez.

—Sí, Dora. Llévalo.

Y Dora desplegaba la cola de liberty sobre la cama de la paralítica. Doña Clara acariciaba la finísima seda con la única mano que le quedaba viva.

—¡Es una lástima, mamá!

La señora se aproximó el vestido a sus labios. Dorita, nerviosamente, arrolló el traje, rehizo el involtorio y salió...

En la puerte de calle, se detuvo. ¿A qué cambalache lo llevaría? Las piernas le temblaban. Amaba ese traje nupcial de su madre, como si fuera carne de su carne...

Echó a andar, a pasos de sonámbula, apretándo el traje contra su pecho, sollozante. Maquinalmente, se detuvo frente al almacén de don Gaspar. Entró.

—¿Está don Gaspar?

—Pase al escritorio, señorita,—le contestó un dependiente.

El almacenero se inclinaba sobre sus libretas:

—¡Señorita Dora! ¿Usted?

—Sí, don Gaspar... Yo... Este...

De pronto, como loca, sin preámbulos, con una voz que temblaba de frío:

—Aquí estoy, don Gaspar... Estoy dispuesta a casarme con usted. ¡Cuándo usted quiera!

Don Gaspar, ebrio de dicha, corrió a ponerse los anillos y la cadena de oro... ¡Ah, y también la medalla!

El Hombre, rey de la creación

—¡Arriba, don Conrado! Son las diez. No piensa ir al empleo? Hace rato que lo llamo. ¡Despiértese!...

—¡Uyyy! ¿Las diez? ¡Aaaah!!

—¿Quiere el café en la cama?

—No, María. ¿Qué hora dijo?

—Las diez.

—¡Uyyy! ¡Aaaa!

—Hable, don Conrado. ¿Le traigo el desayuno?

—No. Iré al comedor.

—Como usted quiera...

Doña María, la dueña de la pensión, cerró la puerta. Conrado empezó a vestirse, somnoliento. La cabeza pesada. Los ojos turbios...

Al ponerse una media, recordó que había venido muy tarde a dormir.

A través de su penumbra cerebral, reconstruyó la noche vivida. ¡Ah! Toda la noche ebrio. ¿Cómo? ¿Borracho él, Conrado Ardanza Páez, que jamás se embriagaba? ¡Ah, sí, pero esa noche, con razón!!... ¡Canalla! Sí...

La idea clara, nítida, patente de su dolor inmenso le despejó el cerebro.

—¡Dora, Dorita!

Dejó caer la media al suelo y quiso llorar. No pudo... Sentía dentro del pecho un montón de sollozos que no salían a la superficie. De buena gana habría llorado, como anoche, sentado en el umbral de una puerta, a la salida de un cabaret. Pero, anoche lloró de borracho... Ahora, al recordar su desgracia, secamente, sin excitativos artificiales, las lágrimas se le petrificaban en el corazón...

—¡Maldita! ¡Maldita!

Cerraba los puños amenazando con ellos al vacío.

—¡Si pudiera olvidar!

En vez de olvidar, recordaba. Recordaba... ¿Qué había ocurrido?

Durante varias tardes paseó frente al balconcito de la casa de Dora, encontrándolo siempre cerrado. Daba los tres silbidos. ¡Nada! Dora no aparecía.

—Estará enferma, — pensó.

A los seis días, pálido de angustia, decidióse a llamar a la puerta para interrogar a los padres de Dora. En un principio hizo sonar el llamador despacio. Luego, más fuerte. Al fin, en su impaciencia, daba golpes furiosos. Estaba a punto de romper la puerta a golpes de taco. Pero una de las chicas de enfrente, en cuya casa conociera a Dora, lo llamó.

—Diga, señor Conrado.

—¿Qué?

—No hay nadie.

—¿Nadie?

—Se fueron.

—¿Se fueron?

—Sí, se mudaron.

Al hablar, Conrado cruzaba la calle, aproximándose a la chica para interrogarla. Un frío de éter le agitaba las venas.

—¿Dónde se mudaron?

—¡Oh! ¿Usted no sabe?

—No. ¿Qué?

—Dorita se casó...

Fué un golpe de hacha.

—¿Qué dice? ¡Mentira! ¡Mentira!

—Sí. Se casó ayer con el almacenero don Gaspar... ¡Oh, si viera! Viven en un palacio de la avenida Alvear.

—¡Mentira! ¡Mentira!

Y con los ojos fuera de las órbitas, tendía las dos

manos, como garras, hacia el cuello de la chica, para estrangularla. Esta echó a correr despavorida...

Conrado recordaba que después de recibir la noticia fatal, anduvo, anduvo... Vagó por las calles, sin rumbo, con el sombrero en la mano... Ya de noche, entró a un bar. Se bebió varios ajenjos, casi puros. Le habían dicho que el ajenjo hace olvidar las novias... ¿Las novias? La vida...

Se vistió automáticamente. Hallábase dispuesto a no hacer nada. Dispuesto a dejarse arrastrar por el viento. Dispuesto a dejarse llevar por el humo...

Frecuentó los tugurios infames. Desde temprano, comenzaba a beber. Antes del almuerzo, estaba ya borracho. Cuando las plazas se llenaban de sol y de niños. El pasaba dando tumbos, diciendo:

—¡Maldita! ¡Maldita!

En la Avenida Alvear

Don Gaspar Gasparini estaba cada día más gordo. Había liquidado sus cuatro almacenes, invirtiendo el producto en la compra de una gran estancia. Una varita mágica transmitía la fortuna a todos sus negocios. El ex almacenero se enriquecía fácilmente. El palacete donde vivía, en la avenida Alvear, amueblado con un lujo chillón, estaba de acuerdo con el resplandor de sus anillos y con los eslabones de su gruesa cadena. Su casamiento con Dorita le había hecho perder en parte sus viejos hábitos de mostrador. Trataba a su mujer con mimos y caricias tan exageradas, tan cómicas, que la misma Dorita, a pesar de la repugnancia que sentía por aquella mole de carne vieja, reíase de él a carcajadas.

Otras veces, viéndose en el espejo, linda, joven y

fragante como un jardín en flor, sentada sobre las rodillas de don Gaspar, cuya respiración de hombre voluminoso se asemejaba a un fuelle, Dorita experimentaba una angustia febril. ¡Angustia desgarrante como si todas las vergüenzas de Magdalena le mancharan de grasa la blancura del alma! Echábase a llorar, gimiendo como las palomas.

—¿Por qué lloras, Dorita?

—Por nada.

—¿Por nada? ¡Está buenito!... Entonces...

Y sin que ella pudiera oponerse, don Gaspar la alzaba como una bolsa de azúcar y la desparramaba sobre el lecho.

El almacenero amaba a Dorita con una fuerza heroica y crepuscular de los viejos que aman por primera vez en su existencia.

La complacía en todo. Quería que cada quince días Dora tuviera un traje nuevo. La llenaba de joyas. Le compró un automóvil. Coches. Caballos... A los padres — doña Clara y don Javier — los instaló lujosamente en el segundo piso.

—¿Estás contenta, Dora?

—Sí, Gaspar.

—Y entonces, ¿por qué te encuentro, cuando llego de la calle, metida en los rincones, con esa carita fúnebre y los ojos con lágrimas? ¿Sufres? ¿Te molesto?

—No, Gaspar...

—¿Por qué estás triste?

Dora tituaba. No sabía cómo explicarse.

—A veces estoy triste, es verdad. Pero, ¡mamá está tan enferma!

—Es cierto. ¡Pobre doña Clara! Será necesario llamar otros médicos. ¿Y los masajes eléctricos?

—¡No la mejoran! Ahora dicen que ha llegado de Europa un sabio alemán que realiza curas maravillosas.

—¿Sí? Pues no hay más que llamarlo... ¡Está buenito! ¿Hay quién puede curarla y no lo llaman?

—Ha de hacerse pagar caro ese médico....

—¿Qué me importa? Soy rico. Muy rico. Imagínate que unos novillos, comprados por mí hace ocho días, en doscientos mil pesos, acabo de venderlos hoy en cuatro cientos mil. Y ni siquiera vi los animales. ¡Está buenito! ¿Quiere decir entonces que todo mi dinero no ha de servirme para tener a Dora contenta? Que venga el sabio ese...

—¡Qué bueno eres, querido Gaspar! ¡Eres un santo!

Dorita sentía que del alma le brotaba un impulso secreto de arrojarse en los brazos de su marido para darle un beso de amor. Se arrojaba a sus brazos, sí. También le daba un beso. ¡Pero, qué beso! En el modo de darlo ella comprendía que los besos de gratitud no son iguales a los besos de amor. Su boquita deliciosa se desprendía de los labios carnudos de don Gaspar, con un sabor amargo. No con un sabor de cielo. Con sabor de tabaco...

Si don Gaspar hubiera puesto el oído sobre el pecho de su chiquilina, hubiera escuchado una voz que lloraba:

—¡Conrado! ¡Conrado!

En el Teatro Colón

—He tomado abono en el Colón. Un palco, Dorita. ¿Iremos, verdad?

¡Un palco en el Colón! En otra época, antes de casarse, Dorita hubiera saltado de alegría. Ahora, recibía la noticia fríamente, con resignación.

—¿Qué traje quieres que lleve, Gaspar?

—Cualquiera. Todos te quedan bien. ¡Vas a causar envidia!

—¡Oh, Gaspar!

Cuando don Gaspar, deslumbrante de pedrerías, penetró en el palco con Dorita, todas las miradas se dirigieron hacia ella. Estaba imponente en su belleza de mujer-figurín. Bajo su espléndido casco de cabellos de oro, sus ojos sombríos — sombreados de tristeza — llamaban la atención. Las líneas ondulantes de su cuerpo, se destacaban maravillosamente bajo un magnífico traje de «lamé» que era como la piel de una serpiente...

En un intervalo, un estanciero amigo de don Gaspar se presentó a saludarlo.

—¡Mi ilustre amigo!

—¡Hola, doctor Guirre! tanto placer... Voy a presentarle a mi esposa.

El Dr. Guirre, hombre de la misma edad que don Gaspar, tenía muchos puntos de contacto con él. Se parecían en el rumboso aspecto de sus piedras preciosas.

Después de un instante de charla, el doctor Guirre se retiró, prometiendo que en el próximo entreacto, traería a su señora.

—Deseo — la dijo a Dorita — que sean ustedes muy amigas.

Y así fué. Desde las primeras palabras que cambió con la señora del doctor Guirre — se llamaba María Luz — Dorita simpatizó con ella. Era una hermosa joven de ojos negros y adormecidos. Hablaba con una poética entonación provinciana. A los diez minutos ambas se creían amigas de la infancia. Dorita sentía por María Luz una gran simpatía, atraída por la melancolía de los ojos.

—¿Usted no es de Buenos Aires? — le preguntó Dorita.

—¿Me lo pregunta usted por la «tonada?» En efecto, soy de Santa Fe.

—¡De Santa Fe! — exclamó Dorita suspirando.

—¿Conoce Santa Fe?

—No...

Quería preguntarle algo más. No se atrevía.

—¿Es grande la ciudad?

—Regular. Pero es muy tranquila. Muy intelectual. No es como Buenos Aires. Allá todos nos conocemos...

—¿Conoce entonces... — y Dorita bajó la voz — a la familia del doctor Ardanza Páez?

—¡Cómo no, mi hijita! El doctor Ardanza Páez es mi padre.

—¡Oh!

Dora sintió que una marea de fuego le subía a la cara.

—¿Conoce usted a mi familia? — exclamó la provincianita, encantada de la casualidad.

—No... Sí... Es decir: conozco a un joven que debe ser hermano suyo.

—¿A cuál de ellos? Son cuatro.

Dora bajó la voz hasta convertirla en un murmullo:

—¡Conrado!

—¿Usted conoce a Conrado? ¡Oh, sí! es mi hermano. ¡Pobre Conrado!

—Pobre, ¿por qué?

—¡Ah! Las malas compañías. Los amigos... Está neurasténico. ¡Da lástima verlo. Era tan bueno, tan puro!—¡El alcohol!... ¡Un perdido!

Conrado! Conrado!

Don Gaspar empezó a comprender lentamente que Dora no lo amaba. Le costó mucha paciencia arribar a la verdad terrible. Al fin, se convenció...

En el transcurso de la luna de miel, su amor apasionado por la chica pudo enceguecerlo. Ese mismo amor, aguzado por los celos, sutilizó su espíritu en la psicología. Analizando los menores gestos y actitudes de Dora, su frialdad, sus silencios, su repugnancia instintiva a dejarse besar y el esfuerzo que hacía para aceptar sus besos, todo le decía claramente:

—«Dora no te ama».

Su carácter bonachón transformóse. Se encerraba en su escritorio con la cabeza entre las manos. Por una pequeñez reñía con los sirvientes. Una tarde, después de insultar al portero, acusó a Dora de no vigilar a la servidumbre, que hacía desaparecer los comestibles.

—Me está pareciendo — le dijo — que nada te interesa en esta casa. Es inútil que yo te trate como a una princesa. ¡Está buenito!...

—No grites, Gaspar.

—¿Por qué no he de gritar? Te pasas todo el día paseando y charlando con esa mosquita muerta, la mujer del doctor Guirre, en vez de cuidar mis intereses. Y a propósito: no quiero que salgas con ella. ¿Sabes? ¡Debe ser una zorra!

—Gaspar, cállate. Te prohibo que ofendas a mi amiga.

—¡Está buenito! ¿Crees que no es una zorra? Entonces, será una p...

—¡Gaspar!

—¿Alzas la voz? Tú eres como ella...

—¡Repugnante!

Ciego de rabia, el ex almacenero levantó el puño para pegarle.

Desde entonces las reyertas conyugales llegaron al punto de que un día los sirvientes vieron por el ojo de la llave que don Gaspar, con los tiradores, azotaba a Dorita.

—¡Perra! ¡Perra!

—¡Canalla! La culpa la tengo yo por haberme casado contigo.

Te casaste por mi dinero.

—¡Canalla! ¡Canalla!

Y en el fondo de ese grito había una música lejana que decía:

—¡Conrado! ¡Conrado!

Flor de orgía

Conrado vivía como un bohemio. Si ganaba algunos pesos, los derrochaba. Si no tenía dinero, se acostaba a dormir.

Aunque su hermana, la esposa del doctor Guirre, poseía una buena fortuna, jamás quiso pedirle ayuda pecuniaria. Sin embargo, su moral era elástica. Valiéndose de su físico y, sobre todo, de la belleza de sus ojos, aprovechaba sus conquistas fáciles del cabaret para obtener dinero. El dolor en que lo hundiera Dorita casándose con el almacenero, lo llevó al desprecio de su dignidad. Se embriagaba a menudo.

Al despertarse después de una noche de orgía, se preguntaba:

—«¿Por qué no te matas? ¿Tienes miedo?»

Junto con el odio a sí mismo, Conrado mantenía el fuego de otro odio más grande. Odiaba a Dorita...

—«Odio a esa mujer — decíale a un amigo, — como no creo que nadie pueda odiar en la vida. Si la viera muerta, me reiría de ella a carcajadas. La infamia que cometió conmigo es de aquellas que nunca se perdonan. ¡De un hombre honesto, hizo un estropajo!»

Otra vez, en casa de su hermana María Luz, Conrado casi grita de rabia. Su hermana acababa de decirle:

—¿Sabes a quién he conocido en el Colón? A la esposa de un tal Gaspar Gasparini, hombre muy rico. Ella te conoce...

—¿Dora?

Y con los ojos inflamados de rabia, se marchó, cerrando los puños y apretando los dientes.

Un hombre sin anillos

—¡Señora! ¡Señora Dora!

—¿Qué sucede?

—¡Su esposo!... ¡La Asistencia Pública! ¡Ahí lo traen!

—¿Qué dices, muchacha?

Don Gaspar, hallándose en el hipódromo, había caído fulminado por un ataque cerebral.

—«La culpa — dijo el médico, que examinaba el cadáver, — la tiene el exceso de gordura y de sangre. ¡Mucha carne! ¡Mucho vino! Acido úrico...»

Don Gaspar, tendido largo a largo en la caja mortuoria, estaba muy cambiado. Ya no tenía ese aire de hombre rico, feliz y petulante que trafica en toros. Era otro. ¡Naturalmente! Su esposa, al ponerle la mortaja, le había sacado los anillos, la cadena del reloj, la medalla cargada de brillantes...

Pasaron seis meses

Pasaron seis meses.

—Pero, mi hijita — le decía a Dora la esposa del doctor Guirre, — es necesario que te distraigas. Hace seis meses que murió tu marido y aun no se te ha visto por ninguna parte. Cualquiera va a creer que estabas enamorada de tu almacenero. ¡Qué risa!

—¡Cállate, María Luz! No digas eso. Al fin y al cabo está muerto... Si yo fuí desgraciada con él, la culpa no fué suya. Fué culpa mía... Mi matrimonio resultó un infierno porque preferí la felicidad a base de oro, que el oro de la felicidad a base de amor...

—¡Romántica! Pero, ahora no te pongas triste. Eres rica. Eres libre. Eres millonaria. ¡Diviértete como yo!

—Debo consagrarme por entero al cuidado de papá y mamá. Ya ves que siempre siguen mal.

—Eso no puede impedirte que te distraigas. Vienen las noches frías y largas. Ya que no puedes, por tu luto, ir a las fiestas, reúne a tus amigas aquí mismo. No pudiendo hacer música, yo traeré una pequeña ruleta para pasar el rato. Invita a tus amigas. Yo también las traeré.

—¡Qué María Luz! Eres tremenda. Haz lo que quieras...

A la noche siguiente, después de comer, llegó María Luz con su marido.

—¿A quiénes has invitado, Dorita?

—Hablé por teléfono a las chicas de Gutiérrez Araoz. Vendrán con el hermano y con Robertito, el novio de la menor. También Lucía, mi prima y la señora de Parral con la nena... Y tú, ¿a quién invitaste?

—¿No te basta con mi marido y conmigo?

—Ciertamente.

—Pero, ¡verás! ¡He conseguido una cosa! ¡Te preparo una sorpresa espeluznante, divina!

—¿Qué?

—Vendrá esta noche a visitarte una persona... Pero, mujer, no te pongas tan nerviosa ni tan colorada!

—¿El?

—Sí, querida. ¡El!

—¿Conrado? No querrá venir. Me han dicho que me odia.

—¡Tonta! ¡No conoces a los hombres!

Llega él

En su negro traje de viuda, Dorita parecía una estátua. La cabellera rubia y los ojos maravillosos se destacaban sobre su palidez con una belleza artística, superior a la humana. ¡Hermosa!

Ella fué la primera en tenderle la mano. Conrado, vestido de smoking, con el cabello alisado hacia atrás como Wallace Reid, estrechó la pequeña mano de Dorita. Mano helada que trasmitía el frío de una piedra.

—¡Conrado!

—¡Señora!

Ella aguardó, en vano, que Conrado la llamara por su nombre.

—«¡Dora, Dorita!...»

—¡Señora!

Aquel «señora» tan ceremonioso, repetido con el mismo acento sin calor ni color, le dolió como un tajo. Du-

rante la tertulia apenas cambiaron entre ellos palabras de simple cortesía.

Cuando Conrado se iba, Dora, en el vestíbulo, le murmuró al oído:

—¿Me perdonas, Conrado?

El joven sonrió con amargura, envolviéndola en la mirada de sus ojos de ensueño. Salió sin contestar, agobiado bajo el peso del perdón que el odio acababa de matar en sus labios...

El alcohol

—¡Hola, querido Conrado! ¿Es cierto que te casas?

—Sí, Claudio.

—¿Con la viudita de don Gaspar Gasparini? ¿Con Dora la rubia?

—Sí.

—Te felicito, viejo. ¡Magnífico! ¡Magnífico! ¡Feérico!

Claudio, el amigo de Conrado, era un comediógrafo ambulante. Hablaba él solo más que todos los personajes de su teatro juntos. Conrado no sentía deseos de conversar. Sin embargo, Claudio no se inmutó por los silencios de su amigo. Acostumbrado a dialogar argumentos de teatro, formulaba las preguntas y daba las respuestas.

—¿Es cierto que la viudita de don Gaspar heredó cuatro millones? Sí. Sí. Heredó cuatro millones... ¿Y te gusta, che, la viudita? ¡Claro!... ¿Cómo no te va a gustar si es una papa?... ¿No tiene hijos?... ¡Claro! Que va a tener hijos, si el pobre don Gaspar...

—¡Basta, hombre!

—¡Caramba! Si te enojas así, no hemos de poder

tomar un copetín a la salud de... tu salud. ¡Tengo unas ganas de tomarme un «Pernod»!

—Al fin dices una cosa lógica — exclamó Conrado. — Vamos al «Aguila».

Bebieron.

Conrado bebía copa tras copa, con el visible deseo de embriagarse.

—¡Eh, Conradito! No te apures... El «Pernod» debe tomarse despacio, casi por gotas, como que es un veneno exquisito...

Salieron del café completamente alcoholizados. Iban por la calle Callao, hacia el Paseo de Julio. Los efectos del alcohol transformaron el temperamento de los dos amigos. El comediógrafo Claudio, al sentirse ebrio, dejó de hablar. En cambio, Conrado, hablaba sin cesar.

—Che, comediógrafo. ¿No te parece que estamos borrachos?

—¡Humm!

—Ven aquí, Claudio. Dame un abrazo. Yo soy tu hermano. Tú das pasiones a los protagonistas de tus obras. Tú los haces vivir, gozar, sufrir y morir. Eres igual a Dios...

—¡Humm!

¿Por qué no hablas? ¡Estás borracho, comediógrafo! Tú irás a parar a la cárcel! ¡Tendrás que ver el sol a cuadritos! Dime, Claudio...

—¡Humm!

—Dime, ¿no ves las cosas dobles? No ves allí dos vigilantes, dos árboles, dos focos eléctricos, dos puertas... ¡Mira! Ya encontré el remedio. Cierro un ojo y ya está...

—¡Humm!

—¡Comediógrafo!

—¡Marido!

—¿Qué has dicho? ¡Marido!... Es necesario que lo sepas: sí, me casaré con Dora, pero te prevengo que lo hago por odio.

—¡Humm!

—¡Odio, sí!... Yo la amaba con locura. Yo hubiera dado mi vida por ella.

—¡Humm!

—¡Mala mujer! La odio... Me caso con ella para odiarla más. Para que comprenda todo el daño que me hizo! Por culpa de ella no tengo corazón! ¡Ni alma! ¡Ni conciencia! ¡Nada!

—¡Humm!

—Hay mujeres, Claudio, que son fatales en la vida de un hombre. ¡Enloquecen! Amando o despreciando hacen perder la razón al más cuerdo.

—¡Humm!

—Hace poco estuve en un manicomio. Me mostraron un loco muy rubio. «¿Por qué se enloqueció?», le pregunté al médico. «La novia lo abandonó para casarse con un millonario». «¿Y quién es ese otro caballero que mira al rubio con tanta lástima?» «Es loco también. Es el millonario que se casó con la novia del rubio...»

—¡Humm!

Y aquí termina la historia

Cuando el odio fermenta en el alma de un hombre inteligente, la venganza se parece mucho a la justicia.

Dora y Conrado se casaron. Ella lo adoraba con la fiereza de su primer amor.

Conrado, con un refinamiento sútil, escondió al principio su odio entre flores de voluptuosidad. Poco a poco, las flores se marchitaron. El odio apareció desnudo entre pétalos muertos...

La primera vez que ella supo la verdad fué una noche en que Conrado llegó ebrio, oliendo a ajenjo.

—¡Conrado! ¿Por qué bebes tanto, amor mío?

—¿Amor mío? ¿A quién se lo dices? Me confundes, querida. ¿Crees que me llamo don Gaspar Gasparini? ¡No! ¡Arrodillate! ¡Pídeme perdón!

—¡Conrado! ¿Estás loco?

—Pídeme perdón. ¡Fuiste tú quien asesinó mi honradez, tú quien manchó mi pureza! ¡Te odio! ¡Te odio!

*
* *

La vida dispendiosa de Conrado fué minando la fortuna de Dora. Conrado gastaba el dinero a manos llenas. Las propiedades habían sido traspasadas a su nombre. Conrado las vendía sin que Dorita se enterara.

Abandonaron la casa de la Avenida Alvear, refugiándose el matrimonio con los viejos en una modesta casita de Palermo.

Conrado jugaba grandes sumas en las carreras y en los garitos. De madrugada llegaba bestialmente borracho. Dormía hasta la noche.

Dora sufría. Flaca, demacrada, desconocida, era sólo una sombra de su antigua belleza.

Una madrugada, Conrado se mató. Se pegó un tiro. Sobre la mesa había una carta. Decía:

«Te odio porque te he amado mucho... ¿Recuerdas, Dora, aquella película en que Wallace Reid se mata por el amor de Mary Pickford? ¿Recuerdas? Yo me mato por tí, odiándote».

*
* *

Las deudas de Conrado consumieron los recursos de Dora. La última casita fué vendida, como las joyas, para pagar a muchos prestamistas.

—¿Qué será de nosotros, Dora? — preguntó doña Clara a su hija.

—No te aflijas, mamá. Trabajaré. Haré pantalones...

De necesidad en necesidad, Dora y sus padres fueron a parar a un conventillo. Un día, don Javier pidió caldo.

—No he podido conseguir, papá, que me fiaran un hueso — le dijo Dora.

—¡No importa, hija!

—¡Pobre papá! Voy a salir. Trataré de no volver con las manos vacías.

Se detuvo a contemplar la habitación. Buscaba algún objeto para llevar al cambalache. No hallaba nada bueno... ¡Nada!

—¡Oh!

En un ángulo vió un pequeño cajón. Fué hacia él. Lo abrió. Sacó un paquete de género azul. Apretándolo contra su pecho, salió a la calle, corriendo...

Era el traje de novia de la paralítica.

FIN

LAS MUJERES BARATAS

Las mujeres baratas

I

Marieta sólo recordaba de su infancia las escenas de un día, había visto a su madre enloquecida de dolor, sobre el cadáver de su padre.

—¡Mamita!

—¡Pobre hija mía! Tu padre ha muerto...

Luego, recordaba que cuatro amigos del conventillo habíanse llevado el cadáver paterno. Ella, con la cara escondida en el pecho de la madre, oyó que murmuraban:

—«¡Infelices! Ahora empezarán a sufrir miseria...»

No recordaba nada más, hasta el momento en que su madre la llevó a casa de doña Enriqueta para que trabajara de niñera.

—¿Cuántos años tiene esta niña? — había preguntado doña Enriqueta.

—Diez años.

—¡Caramba! Es muy linda, pero qué flaquita para

diez años. ¿Está usted segura de que no sufrirá de los pulmones?

—No, señora.

—Tendría miedo de que mis chicos se enfermaran por ella.

—No, señora. Si usted la ve tan débil, es por culpa del hambre. Estamos pasando por una situación tan espantosa...

—¿Hambre?

Doña Enriqueta habíase estremecido de terror. ¡Hambre! Ella, habituada a que nunca le faltara alimento para sus hijos, sentía bajo aquella palabra una emoción de susto. ¡Hambre! ¿Sería posible que en Buenos Aires hubiera gente tan desdichada? Ya le parecía que sus propios hijos le pedían llorando algo para comer...

—Bueno. Déjeme esta niña — agregó conmovida.— Ella cuidará de los nenes y yo le haré comer hasta que engorde.

Doña Enriqueta la había sentado frente a la mesa de la cocina, sirviéndole ella misma, una enorme taza de caldo, con dos huevos. Después la llevó al jardincito del fondo, y le dijo:

—Puedes jugar con mis hijitos. Trata de que no se lastimen.

¡Con qué alegría ella comenzó a jugar con Pedro y con Lalito! Eran dos varones. Pedro el más pequeño, y Lalito, de la edad de Marieta.

En la memoria de la muchacha, los recuerdos de las horas transcurridas con ambos, se confundían un poco. Pero no olvidaba el instante doloroso en que Pedro y Lalito se despidieron de ella para entrar en la escuela por primera vez.

Marieta los acompañó hasta el vestíbulo del colegio, llevándoles los guardapolvos.

—Adiós, nenitos.

—Adiós, Marieta.

Lalito, con la seriedad de un hombre, penetró en la escuela con resolución. En cambio, Pedro, el más chico, se resistía:

¡De qué buena gana Marieta hubiera entrado con ellos! ¡De qué buena gana se habría sentado entre los dos, en el mismo banco, para aprender con los dos chiquitines, todas las lecciones que les enseñara la maestra!

Permaneció en la puerta del colegio largo rato, con la boca abierta, sufriendo un gran dolor al ver que la directora se llevaba a Pedro y a Lalito... Con su delantal de sirvientita, Marieta estaba linda. Tenía colores de salud. Ahora comía... Y aquella buena salud que le brotaba del estómago, se le exteriorizaba inconscientemente en ese gran amor por los dos nenes. Sin saberlo, pagaba con ese amor su deuda de gratitud a doña Enriqueta...

—Puedes retirarte, muchacha, — le había dicho la directora.

Pero ella, inmóvil, permanecía aún en el vestíbulo del colegio, mirando por el corredor sombrío, el patio lleno de sol.

—¿Vas a quedarte ahí toda la vida, muchacha?

No pudo contenerse, y cubriéndose los ojos con los brazos, comenzó a sollozar. Una maestra se acercó a interrogarla.

—¿Por qué lloras?

Marieta echó a correr. Temía, sin duda, que alguien le quitara el placer de llorar por sus dos amiguitos...

Durante la ausencia de los chicos, Marieta ayudaba a barrer, a lavar los platos, a sacudir los muebles. Al aproximarse la hora en que los niños salían de la escuela, poníase el delantal de los domingos y se cuadraba ante doña Enriqueta.

—¿Voy a buscar a los niños?

—Es temprano, Marieta. Falta media hora todavía...

Daba unas cuantas vueltas inútiles por toda la casa.

—¡Qué tarde, señora! ¿Quiere que vaya?

—¡Bueno, muchacha! ¡Qué apuro tienes!

Y doña Enriqueta se sonreía. Le agradaba el cariñoso afán de la sirvientita para sus hijos. En aquella chica hermosota y buena, ella veía tanta ternura infantil, tanta dulzura espiritual, que muchas veces, en presencia de los chicos, sintió deseos de besarla. ¡Qué tontería! Besar a una sirvienta porque cuida bien a nuestros hijos...

Sin embargo, una noche, doña Enriqueta alarmada por los gritos que daba la chica, acudió a su pieza. Marieta dormía, soñando a gritos. La señora oyó que Marieta clamaba entre sueños:

—«¡Lalito! ¡Pedro! No se acerquen al fuego. Si se llegasen a quemar, me moriría de pena»...

Doña Enriqueta sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. ¡Pobre muchacha! Hasta en sueños cuidaba a los nenes. Se aproximó a la cara de Marieta y la besó en silencio. Una de sus lágrimas cayó sobre los párpados de Marieta. La chica se despertó sobresaltada:

—¿Qué? ¿Qué?

—Duerme, hijita. No es nada...

Y cuando doña Enriqueta volvió a su cuarto, sintió deseos de besar a Lalito y a Pedro, que dormían moviéndose como dos pajaritos...

II

En el hogar

Doña Enriqueta, a pesar de su bienestar pecuniario, no era feliz. Su esposo, — separado de ella desde el nacimiento del último vástago, — no veía jamás a sus hijos. Se decía que era un perdulario. Un jugador. Un «sportman»... Vivía de contínuo en los clubs, dándose buena vida. Yo me atrevería a decir que era un «borracho». Pero, tratándose de un hombre rico, ese término parecerá muy fuerte. Unicamente «se emborrachan» los pobres. Los ricos «se divierten»...

El marido de doña Enriqueta se divertía de contínuo. En cambio ella consagrada a su hogar, vivía como presa. No cultivaba relaciones ni cultivaba su propia belleza. No iba a ninguna parte...

Era bastante hermosa. Sin embargo, el dolor de su vida matrimonial prestaba a sus encantos de mujer una tristeza melancólica de madre que se resigna a matar todos sus atractivos: Nadie podía atreverse a insinuar ni la menor sospecha de deshonra. Vivía para sus hijos, como si su belleza hubiera muerto con su felicidad...

—¿Por qué está triste, señora? — le había preguntado cierta vez la sirvientita.

—No estoy triste, Marieta.

—Sí, señora; está triste. Y no debe ponerse triste, porque, según decía mi mamá, Dios castiga a los qué se entristecen sin razón. ¿Acaso sus hijos, Pedro y Lalito, no están sanos y lindos?

Doña Enriqueta habíase puesto pálida. Aquella chiquilina inocente le daba una lección. ¡Claro! Ella no tenía derecho a entristecerse. Su deber en la tierra consistía en hacer de sus dos muchachitos, hombres de pro-

vecho. ¡Que no «salieran» como el padre! Que vivieran contentos y con buena salud. Lo «demás» eran cosas impropias de una madre... La mujer que es desgraciada en su propio amor, no debe abrigar la esperanza de saborear nuevos amores. La humanidad lo quiere así y no hay más remedio que soportar las leyes de la vida. ¡Afuera, pues, la tristeza de las meditaciones! ¡Era menester que las esperanzas del amor no afiebraran sus venas! ¡Haría de cuenta que era una vieja! ¡En las noches terribles de soledad apagaría sus ansias como quien estrangula con rabia y angustia las flores de un muerto!

—¡Mamita! ¡Mamita!

Eran los chicos que regresaban del colegio, dando brincos.

—¡Pedro! ¡Lalito!

Arrojaban las carteras sobre la mesa del comedor, gritando y saltando. Pedían qué comer...

—¡Vamos, Marieta! ¿Qué haces ahí, ¡tonta!, mirando cómo beso a los nenes en lugar de servirles una taza de té con bizcochos?

En efecto, la sirvienta se extasiaba frente a su señora, que, con los chicos prendidos al cuello, sonreía bajo una lluvia bulliciosa de besos.

—Sí, señora. Voy en seguida.

¡Ah! ¡Con qué encanto y con qué rapidez, Marieta colocaba las tazas y traía la tetera y la lechera desde la cocina!

—¿Estará rico el té, Marieta? — le preguntaba uno.

—¡Riquísimo, nenito! ¿Quieres bizcochos o pan con manteca?

—Yo quiero pan con manteca.

La sirvientita corría al aparador. Sacaba un enorme pan fresco, — un «rondín» — y cortaba gruesas rebanadas. Luego, con delicadeza, untaba la manteca.

—¡Ya está! ¡Coman, nenes!

Si alguno de los chicos se resistía a comer, ella, como una mujercita, se le aproximaba. Le decía::

—¿Por qué no tomas otro pedacito de pan? Mira qué fresco... ¡Sí, rico, come...!

Entonces era cuando doña Enriqueta, desde su sillón, levantaba los ojos de la costura, contemplando la escena. ¡Oh! Ahora era ella quien se quedaba extática, con la boca abierta, admirando la ternura de su sirvientita...

III

¡Qué suer-teee!

Una tarde enfermó la cocinera. Pidió permiso para marcharse al hospital. Se fué.

—No se preocupe, señora, — le dijo Marieta a su ama. — Yo sé hacer asado, bifes, sopa...

—No, muchacha; tú tienes que jugar con los nenes. Hoy cocinaré yo y mañana buscaremos otra cocinera.

—¿Va a tomar otra cocinera?

Marieta tuvo una inspiración:

—¿No se enoja, señora, si le pido una cosa?

—¿Qué, Marieta?

—Estee... Estee...

—Habla, muchacha.

—¿Por qué no la llama a mi mamá? Ella trabaja en el campo. Le pagan bien; pero, con tal de vivir conmigo, abandonaría todo para venirse en seguidita. Trabajaría sin cobrarle un centavo....

Doña Enriqueta opuso algunos «peros». ¿Pero.... sabría cocinar? ¿Pero... estaría dispuesta a hacer todo el servicio de la casa como la otra? ¿Pero?...

—¡Oh, sí, señora! Y si ella no puede, yo la ayudaré. Yo lavaré los pisos. He cumplido doce años. Tengo mucha fuerza....

—Bueno, basta, muchacha. Te aseguro que si tu madre es como tú, puedes estar contenta de tenerla por madre.

—¿Sí? ¿Quiere, señora?

—Le escribiremos para que venga.

Marieta corrió al jardín, donde Pedro y Lalito jugaban construyendo un horno con arena. Saltaba de placer. Se metió entre los dos, gritando como loca:

—¡Chicos! ¡Chicos!

—¿Qué pasa, Marieta?

—¡Una gran alegría! ¡Una gran felicidad!

—¿Qué?

—¡Mi mamá va a venir a vivir con nosotros!

Pedro y Lalito, al verla tan contenta, hacían cabriolas gritando a coro con ella:

—¡Qué suer-teee! ¡Qué suer-teee!

IV

Los buenos abogados

La madre de Marieta acudió de inmediato. ¡Vaya si iría! Estaba en una estancia de General Villegas! Arregló su baúl y en el primer tren, se vino a Buenos Aires.

Frente a doña Enriqueta, se encontró cohibida.

—Yo no sé, señora, si serviré para usted... Usted ha de comer bien, y yo estoy acostumbrada a cocinar para la estancia.

Marieta, que oía la voz de su madre, como quien oye música, la interrumpió:

—Sí, mamita; tú podrás cocinar.

Y olvidando que apenas tenía doce años, agregó:

—¡Si no sabes, yo te enseñaré!

Y había tal amor en estas palabras, que la misma madre creyó en ellas como si las hubiera dicho Dios.

—¡Si no sabes, yo te enseñaré!

—Pero mujer... ¡qué quiere usted que le enseñe a cocinar Marieta, si nunca ha cocinado!...

Entonces Lalito, ya un hombre de doce años, salió en defensa de la sirvientita:

—¡Pero, mamá! Marieta sabe cocinar. ¿Quién hace el desayuno mejor que ella?

—¡Claro que sí! — agregó Pedro. — Si la mamá de Marieta no se queda en casa, yo me pondré a llorar...

—Bueno, — exclamó doña Enriqueta; — me conformaré... Ya ve usted, qué buenos abogados tiene usted en esta casa. Todos están dispuestos a quererla...

La mujer quiso hablar. Le temblaba la voz. Nerviosamente golpeaba con un pie en el suelo para esconder sus ansias de llorar. Marieta le tendió los brazos, con la cara iluminada de goce. La mujer no pudo contenerse. Se puso de rodillas ante su hija y llorando le besaba las manos...

V

¡Cómo crecen los chicos!

Los niños crecían de una manera encantadora. Doña Enriqueta se daba cuenta de ello cuando Pedro o Lalito, en la escuela, pasaban de grado.

Pedro, el más pequeño, conservaba siempre su aire infantil, no obstante la largura de sus piernas. Lalito, tres

años mayor que él, adquiría modales de hombre viejo, y hasta mudó de voz.

—¡Tienes voz de gallito! — decíale Marieta, riendo, mientras le anudaba la corbata.

Y Marieta también iba creciendo con rapidez. Ya no era la misma chiquilla de cabellera revuelta y de cuerpo de niña. Acababa de cumplir sus quince años y se despertaban en ella las ilusiones del espejo. Los trajes infantiles le quedaban muy cortos y era necesario, a menudo, descoser el dobladillo para que la gente no le viera las ligas. Los ojos grandes y negros conservaban ese modo de mirar tan ingenuo que tanto agradaba a los dos niños. Pero se les habían agrandado, llenándole la cara de un encanto magnífico.

—¡Caramba! — dijo una vez doña Enriqueta a la madre de la sirvientita.—Su chica se está poniendo preciosa.

—Usted es muy buena, señora.

Y había tal gratitud en su acento, que doña Enriqueta sintió una gran alegría de ser buena. Y quiso serlo más:

—He pensado que cuando Marieta sea grande, habrá que casarla.

—¡Oh, señora! ¡No diga eso!

—¡Claro, mujer! ¿Usted cree que siempre va a ser una chiquilina? Habrá que casarla. ¡Ya lo creo! Yo le buscaré un novio. Hay muchos obreros honrados y trabajadores que buscan muchachitas como ella, lindas y hacendosas. Lástima que...

El rostro de doña Enriqueta se inclinó sobre la costura que tenía entre las manos.

—¿Lástima qué, señora?

—Lástima que los nenes y yo estemos tan acostumbrados a tenerla en casa. La vamos a sentir mucho cuando se vaya.... ¡Pobrecita! ¡Tan dulce! ¡Tan resignada! ¡Tan animosa siempre!...

Doña Enriqueta sentía de contínuo la necesidad de elogiar a la muchacha. En su corazón de madre, la bon-

dad con que la sirvienta cuidaba de sus hijos, era una fortuna inesperada. Ella sentía que sus amigas se quejaban de las sirvientas. Nadie estaba conforme con el aire petulante e hipócrita de las niñeras. Exigían mucho sueldo. Y nada de trabajo. Si no eran sucias, robaban. En fin, «una calamidad»...

Y ella, ¡qué suerte! En los años que llevaba Marieta en la casa, nunca había tenido que retarla. Aseada y pulcra, todo cuanto la rodeaba adquiría ese espíritu de frescura que exhalan las mujeres limpitas.

Los chicos hallábanse tan habituados a Marieta, que cuando ella no les hacía el té o el café, descubrían que la leche estaba quemada o que el agua era fría.

Y los sábados, cuando los chicos volvían de la escuela, encontraban en los pies de las camas las camisas dobladitas. Los cuellos. Las corbatas. Los pañuelos:

Marieta, ¿preparaste la ropa de Lalito y de Pedro? Mañana es domingo.

—Sí, señora. ¿Quiere venir a verla?

Y la pobre Marieta, loca de contenta, empeñábase en que la señora se levantara de la silla.

—Venga, señora.

—No es necesario, Marieta. Te creo. Ya sé que eres una monada...

—Aquí están los pañuelos. Esta media la zurcí anoche. Esta camisetita...

Y doña Enriqueta, ante su insistencia, iba con ella para ver la ropa.

—Muy bien, Marieta. Así me gusta. Así...

De pronto se interrumpió.

—¿Y ésto? ¿Qué le has puesto en el saco a Lalito?

Marieta se puso colorada.

—Nada, señora.

—¿Cómo, nada? ¿Y esta rosa en el hojal?

—¡Claro! Un mocito... Y tú le pones flores todavía

para que él, tan presumido, vaya a regalárselas a alguna chiquilina. ¡Está bien!

—¿Se enoja, señora? Entonces, se la saco.

—No muchacha. ¿No ves que te lo digo en broma? Déjale esa flor. Al fin y al cabo, no hay nada más puro que una flor en el traje de un niño.

Doña Enriqueta se alejó, en tanto que la sirvientita arreglaba de nuevo la ropa a los pies de las camas. Marieta se detuvo en contemplación frente a la silla donde el saco de Lalito ostentaba la rosa. La miró largo rato. Luego, en un gesto de rabia, arrancó la rosa del ojal, destrozándola...

Amaba.

V

Venganza contra una flor

Aquí el autor quiere olvidarse un poco de todos los personajes de su cuento, para analizar el alma de Marieta. Dejemos de lado a Pedro y a Lalito. Olvidemos a doña Enriqueta. No pensemos en la madre de la sirvientita. Hagamos de cuenta que todos los personajes han desaparecido, y que sólo ha quedado Marieta frente a la suprema revelación divina. Marieta frente al amor... ¿Frente al amor? Sí. Pero ante una pobre rosa deshojada. Es decir, con todo el cielo por delante y un abismo en los pies...

—¡Lalito! ¡Lalito!

¿Desde cuándo Marieta se había enamorado del hijo de su ama? Ella no lo sabía. El muchacho, a pesar de tener quince años—la misma edad de ella, — no le había dicho nunca nada. Nada. Nada... La trataba como si aún

él fuera un niño, y ella una niñita. Bajo la ternura maternal de la niñera, Pedro y Lalito se dejaban querer con la inconsciencia de la infancia, se habían acostumbrado a verla siempre en torno de sus días y de sus noches y a contemplarla tan cariñosa alrededor de sus enfermedades y de sus alegrías, que Marieta era para ellos una cosa tan necesaria y tan invisible como el aire. A fuerza de tenerla sin cesar junto a ellos, su persona se inmaterializaba de la misma manera que las madres se espiritualizan en la tierra. Por eso, cuando las madres mueren, recién los hijos saben la gloria que perdieron...

—¡Lalito! ¡Lalito!

Ella no sabía que lo amaba. Aquella rosa se la puso en el ojal ingenuamente, sin pensar que, a veces, donde ponemos una flor, ponemos toda el alma. ¿Qué podía saber ella de filosofía? Una flor en el ojal, ¿no tiene la importancia de un zurcido en las medias?

—¡Ah, no!

—Si fuera así, Dios no se habría esmerado en hacer las flores tan bellas, que recurrimos a las flores cuando no podemos arrancarnos el alma, para entibiar con ellas las tumbas adoradas, o cuando no podemos arrancarnos el corazón, para que jueguen con él los dedos de la mujer que amamos!

Pero Marieta supo que amaba a Lalito en el instante doloroso en que la madre del joven le había dicho:

—«¡Y tú le pones flores todavía, para que él, — tan presumido, — vaya a regalárselas a alguna chiquilina!».

¿Cómo? ¿Alguna chiquilina? Entonces, Lalito podía enamorarse de... otra mujer. ¡Canalla! Eso no era posible. ¡Lalito enamorado! ¡Oh! ¡No!

En un arrebato de odio, habíase arrojado contra la rosa inocente. La había arrancado del ojal. Ahí estaba en el suelo... No le daría el gusto a ninguna mujer de que Lalito le regalara aquella flor.

Y una dulce paz le invadió los sentidos.

VII

El enfermo

Pasaron dos años...

—Una carta, señora.

Doña Enriqueta abrió el sobre con desgano. Pero, al extraer el pliego, antes de desdoblarlo, se estremeció. Tembló toda entera... Aún no había visto la letra. Aún no presentía de quién era la carta. Sin embargo, «sin saberlo, sabía» que ese papel le traía un dolor. Una pena...

Era una carta del marido.

El hombre del club, — el perdulario, el «sportman» a quien me parecía impropio aplicar el nombre de borracho, — escribía a doña Enriqueta pidiéndole perdón.

«Estoy enfermo — le decía. — No sería difícil que » muera muy pronto. He perdido toda mi fortuna y ya » no me admiten ni mis propios amigos... En este nau- » fragio de mis ilusiones de hombre pícaro, te veo a tí » ofreciéndome tu caridad de mujer santa y veo también » a mis hijos, ofreciéndome el apoyo de sus brazos...»

La carta, llena de tristezas, estaba escrita en el hospital. Era el último lamento de un mísero pecador que se arrepiente.

Doña Enriqueta llamó a sus hijos. Les leyó la carta de su padre.

—Quiero, — les dijo, — que me den su opinión. Tú, Lalito, tienes ya diez y siete años, y tú, Pedro, quince. Son bastante inteligentes y son hombres. Yo haré lo que ustedes quieran...

Pedro agachó la cabeza. Lalito vió a su madre con los ojos llorosos. No titubeó:

—Díle que venga.

Al día siguiente, trajeron del hospital, en una ca-

milla, a un hombre envejecido que se quejaba de dolores horribles.

—¡Hijitos! ¡Mis hijos!

Le acostaron en el dormitorio que le habían preparado. Doña Enriqueta, silenciosa, ayudó al enfermo a reclinar la cabeza sobre la almohada. El esposo la miró hondamente, dándole las gracias.

—¿Te encuentras mejor, papá? — le dijo Lalito.

—Mucho mejor, hijito. En compañía de ustedes y de tu madre, que es tan buena, me sentiré mejor. Pero...

Iba, quizás, a hablar de la muerte. Pero, doña Enriqueta lo interrumpió.

—Sí, Claudio. Te curarás.

Claudio miró a los jóvenes.

—Sí, Enriqueta. Me curaré...

De repente, el enfermo se sentó en la cama, haciendo un gran esfuerzo. Agitó los brazos, gritando:

—¡Soy un miserable! ¿Soy indigno de que ustedes me reciban así, como si fueran ángeles! ¡Mátenme! ¡Necesito morir para purgar el delito de no haberlos amado como merecían! ¡Soy un canalla! ¡Soy un monstruo!

—Acuéstate, — le aconsejaba doña Enriqueta. — Te harás daño.

La pobre doña Enriqueta ya no podía más. Hacía una semana que no cerraba los ojos.

—Esta noche — le dijo Lalito viendo que su madre se dormía en la mesa, — yo velaré a papá.

—¿Cómo? ¡No faltaba más! Podrías enfermarte.

—¿Enfermarme? ¿Cree usted, mamá, que todavía soy un nene? Tengo diez y siete años... Además, aprovecharé la noche para estudiar.

Y esa noche, cuando todos se fueron a dormir, Lalito quedóse a velar a su padre. Frente a la cama del enfermo puso una mesa con libros.

Claudio dormía.

De pronto Lalito sintió pasos. Era Marieta...

—¿Eres tú? ¿No piensas dormir?

—No tengo sueño. Mamá me dijo que tú velabas al señor y me dió pena que te quedaras solo. ¿Quieres que te acompañe?

—No, Marieta. Te conviene dormir.

—¡Oh, no!

Hizo un gracioso mohín. ¡Sentíase tan feliz al acompañar a Lalito en aquella noche de frío! Además, si el señor Claudio se movía en la cama o se tiraba al suelo, él solo no podría levantarlo. Ella le ayudaría...

A la luz de la lámpara y entre los ronquidos del enfermo, se pusieron a conversar como dos hermanitos. El joven le hablaba del Colegio Nacional, de la Facultad, de la tesis... Ella no sabía en qué mundo tan extraño vivía Lalito. Pero le oía hablar con la boca abierta, sonriéndole, contenta de tenerlo allí cerca.

Se acordó de la flor. Habían pasado dos años. El recuerdo de los pétalos rotos, le trajo a la memoria las palabras de doña Enriqueta:

—«¡Y tú le pones flores todavía, para que él, — tan presumido, — vaya a regalárselas a alguna chiquilina!»

Los grandes ojos negros de la mucamita se clavaban en los ojos del estudiante. Ella tenía ganas de preguntarle lo que no quería saber. Aprovechando el momento en que Lalito le hablaba de un amigo que dejó los estudios para casarse, ella le interrogó:

—Y tú, ¿no tienes... novia?

—¿Novia? ¡Uffa! ¡Hay tantas chicas que quieren ser novias! Mira: hago así con la mano, y pesco doscientas...

Lalito se reía, contento de mostrarse Tenorio.

—¿Por qué te pones triste, Marieta? ¿No quieres que tenga novia? Bueno. Te haré el gusto, Marieta... Ya sabes que con tal de no verte con trompita, soy capaz de no casarme nunca...

Ella intentaba reirse, pero los ojos le brillaban demasiado. Agachó la cabeza...

—¡Vamos! ¿A ver si tienes trompita?

—¡Malo!

El le alzaba la cara, poniéndole la mano en el mentón. Marieta levantó la cara y se encontró de pronto con la cara de él junto a la suya. Sintió el calor de la piel del muchacho que ardía junto a la suya. ¿Cómo sucedió aquello? Ninguno de los dos podía saberlo. Pero, las dos bocas se unieron en un beso...

—¡Marieta!

—¡Amorcito mío!

Oyeron un ruido. Detrás de ellos, en la sombra, brillaban los ojos del enfermo.

Claudio los había visto.

VIII

Ganas de Morir

Al día siguiente, Claudio llamó a su esposa. Estaban sólos:

—¿Sabes, — le dijo, — que Lalito se ha enamorado de la sirvienta?

—¿De qué sirvienta?

—De Marieta...

—¿Eh?

Al principio, doña Enriqueta hubiera creído que se trataba de una alucinación de su marido. Pero, el corazón le dijo que era cierto. Analizando detalles, llegaba a la conclusión definitiva:

—¡Ah, no! ¡Eso no puede ser!... ¡Tendré que oponerme! ¡No faltaba más!

—¿Y por qué has de oponerte? — murmuró Claudio en voz baja. — ¿No me has dicho que es una muchacha honradísima, que se ha criado con los chicos, cuidándolos y queriéndolos?

—Sí, claro que sí... La pobre Marieta ha sido un ángel para los muchachos. Pero, eso es distinto... Se

trata de una... «sirvienta». ¿Cómo voy a permitir que él se enamore de ella? Ni siquiera permitiré que se aproveche de ella, como un capricho pasajero, porque la pobrecita no merece caer en... Tampoco puedo permitir que...

—¡Cállate! ¡Ahí viene!

Marieta traía un ramito de flores. Lo puso en un florero, en la mesa de luz, delante de una imagen.

—Para que la Vírgen lo cure prontito, señor.

Ya se iba.

—Oye, Marieta.

—¿Señora?

Y allí, rudamente, doña Enriqueta le dijo la verdad de sus deseos. ¡Cuidadito! ¡No había que complicar la vida de los chicos! ¡Cuidadito con Lalo!

—Yo te buscaré un novio. Te casarás con un muchacho trabajador y honrado. Mereces, por tu buen corazón, ser muy dichosa. Y lo serás... Anda por ahí el chauffeur del doctor Martínez, que de buena gana se casaría contigo. ¿Quieres?

Marieta se echó a llorar:

—¡Por Dios, señora! No me diga esas cosas. Yo no quiero casarme con nadie. Yo no quiero irme de su lado...

Y luego, poniéndose de pie, con la resolución de una heroína de diez y siete años, exclamó:

—Si usted me quiere echar, señora, avíseme para matarme en seguidita...

IX

Una lección de Humanidad

Se hubiera suicidado ciertamente. Su pasión por Lalo hacíale perder el contorno de todas las cosas.

Ella misma, cuando Lalo la asedió detrás de una puerta, pidiéndole otro beso, se lo dijo sin vueltas:

—Es necesario, Lalo, despedirnos. Yo te quiero con locura. Tu mamá se opone a que te quiera. Y yo no puedo vivir sin quererte. Adiós, Lalito. Dame un beso porque voy a matarme...

A Lalito le dió un acceso de risa. La iba a besar. Se contuvo...

—¡Qué rica tipa! ¿Te has puesto romántica?

Los grandes ojos de la sirvientita no lloraban. Se dilataban, como si todo el amor que le andaba en las venas, le saliera a los ojos.

Entonces ella le repitió las ideas de doña Enriqueta y le contó que deseaba casarla con un «chauffeur». Con el «chauffeur» del doctor Martínez, ese muchacho con granos, que en todas las huelgas del gremio le llamaban «carnero»...

A medida que la muchacha hablaba, la risa de Lalo disminuía.

—¿Era verdad? ¡Ah, no, mi linda!... Mamá es una mujer de corazón. Mamá es buena, y no permitirá que tú la única y primera novia de mi vida, se case con otro...

Ella escondía los ojos en la blancura de su delantal. Sin quererlo, se arrimaba a Lalito, que con su cuerpo vigoroso parecía escudarla de la desventura.

—Puedes estar tranquila, Marieta. Te casarás conmigo...

La sirvienta levantó la cabeza con desolación:

—Tu mamá tiene razón. Yo soy una sirvienta. Soy una pobre muchachita de la chusma, que no tiene derecho a mezclar sus besos con los tuyos.

—Sí, mi rica.

Y Lalito la besaba en la boca con ruido, sin preocuparse de que pudieran escucharle. Y ella, — carne de chusma, de mujer barata, — le devolvía los besos, como una magnífica lección de humanidad...

X

La purificación

Doña Enriqueta, sentada junto a la ventana de la sala, tejía una tricota para Claudio. El enfermo, allá en su habitación, sentíase morir, retorciéndose en dolores horribles. Los riñones, carcomidos por el alcohol y por la crápula, le ardían como brasas.

En su angustia, trataba de que su mujer y sus hijos no lo vieran sufrir para no entristecerlos.

—Déjame un ratito solo, Enriqueta.

—Puedes necesitar algo.

—No, querida. Voy a dormitar, Ciérrame los postigos.

Y cuando doña Enriqueta se escondía, el infeliz desahogaba sus dolores llorando como un niño y quejándose, como si la fiera que le mordía sus entrañas, se asustara de sus lamentos y dejara un instante de clavarle los dientes.

Doña Enriqueta, para darle ese gusto, se refugiaba en la salita, suspirando. Allí la encontró Lalo.

—¿Estás sola, mamita? Tengo que hablarte.

Y sin preámbulos, puso de relieve su amor por Marieta.

—Ya sé que es una sirvienta... Ya sé que opondrás a tu cariño de madre, el orgullo de nuestra posición. Y, sin embargo, mamá, ¿qué diferencia existe entre ella y yo? La calidad del traje, nada más:

—¡La familia, Lalo! Marieta es hija de gente muy pobre. ¡Muy baja! Todos sus antepasados han sido sirvientes. El padre, changador. La madre, cocinera...

—¡Ah, mamita! No me hagas decir cosas que ni a tí ni a mí nos gustaría...

—A ver, dílas... ¿Qué tienes que decir? Y basta: me veré obligada a echar a Marieta y a su madre a la calle...

Lalo, de pie frente a doña Enriqueta, estaba rojo de vergüenza y de rabia:

—Y bien, mamá: hablaré. Tú dices que Marieta no es digna de mí, porque su madre es cocinera y porque su padre fué un pobre changador de la esquina. Y ahora díme:

Lalo bajó la voz, inclinándose al oído de la madre:

—Y yo, ¿hijo de quién soy? Hijo de un borracho. Hijo de un hombre deshonrado por el alcohol aristocrático y por los vicios de las mujeres ricas!

—¡Cállate! Ofendes a ese pobre hombre que sufre arrepentido...

—Soy hijo de un hombre que se ha depravado en todas las vergüenzas.

—Pero, ahora, tu padre se ha dignificado en el dolor.

—Lo sé. ¡Se ha dignificado en el dolor! Entonces, si tú admites que un hombre como él puede dignificarse en el sufrimiento de la carne, ¿por qué no admites que todas las generaciones plebeyas de Marieta, — los changadores, las sirvientas y las cocineras, — pueden también purificarse en el amor de esa muchacha?

—¡Basta!

Y Lalito salió.

En el dormitorio de su padre se detuvo. Adentro se oían los lamentos dolorosos del hombre que sufría...

XI

La última limosna

Lalito se arrodilló ante la cama de su padre. Tomó entre las suyas las manos del paciente. Lalo sintió la necesidad de contar a su padre la tristeza de su idilio. El instinto le decía que ese hombre moribundo, tan próximo a la muerte, comprendería mejor que nadie sus anhelos de vida y sus ensueños de amor. Le contó todo. Le habló

de Marieta con palabras tan lindas, que empañaban los ojos del enfermo.

—¿Por qué no me ayudas, papá? ¿Por qué no convences a mi madre?...

A través de la rendija de la puerta entornada, se asomaron los grandes ojos negros de Marieta. Miraba en la penumbra de la habitación, sin ver a Lalo.

—Señor, con su permiso... ¿Necesita algo? ¿Quiere un poquito de caldo?

—Entra, Marieta. Entra.

Se sorprendió de ver a Lalo. Toda su belleza se estremeció de arriba a abajo.

—¡Lalito!

El muchacho la hizo arrodillarse junto a él, con las cabezas juntas, al nivel de la almohada.

—¿Quieres ayudarnos, papá querido? Convéncela a mamá...

El enfermo hizo un gran esfuerzo para sacar un brazo.

—¡Me muero, muchachitos! ¿Qué podré hacer por ustedes? Nada... Causé tanto daño en la tierra, que ni siquiera en el momento de irme puedo llevarme el consuelo de haber sembrado un bien...

Doña Enriqueta entró en la habitación. Había oído las palabras de Claudio.

Se aproximó al enfermo:

—No debieras hablar, Claudio. El médico te recomienda reposo. Silencio. Tranquilidad.... Y tú, Marieta, levántate de ahí. ¡Vete a la cocina!

Pero Lalo la tenía por las manos:

—No te levantes. Espera un instante.

En seguida, dirigiéndose a su madre:

—Acércate, mamita. Arrodíllate junto a nosotros. Escucha, que papá quiere hablarte.

El enfermo quiso hablar. No pudo. Con la mano llamó a doña Enriqueta. Cuando ella se acercó, el enfermo murmuró débilmente:

—Has sufrido mucho por mi culpa, Enriqueta. Has

perdido la juventud por mi culpa. Me debes a mí solo la tristeza y la soledad en que ahogaste tu hermosura en plena juventud. Tal vez me odias porque fuí malo contigo y porque fuí perverso con mis hijos, abandonándolos cuando más necesidad tenían del padre... ¡Tú los salvaste con tu pasión de madre! Por hacerte tanto daño, voy a perderme para siempre. Voy a morir sin dejar una huella de amor que conduzca a mi tumba... ¡Págame todo el daño que te hice, con la gracia que quiero pedirte para estos muchachos!...

La cabeza del enfermo, que se había levantado de la almohada, cayó violentamente. Sus manos se tendieron con desesperación, agarrándose, como garfios, a las manos juntas de Marieta y de Lalo...

—¡Papá!

El cadáver de Claudio aprisionaba fuertemente las manos de los novios. Era como un nudo que ligara para siempre a los enamorados.

Doña Enriqueta se inclinó sobre aquel nudo y besó las manos heladas del muerto...

Los dedos del extinto se distendieron bajo el beso y las manos de Claudio se abrieron. Acababan de hacer una limosna...

Y doña Enriqueta lloraba sobre las cabezas de Lalo y de la sirvienta, diciéndoles:

—¡Hijos míos! ¡Amense como yo he querido al pobre Claudio!

FIN

LA MANO DE DIOS

La mano de Dios

Un robo de diez mil pesos

No hay duda ninguna, — exclamó el comisario paseándose frente a la caja vacía. — Se trata de un robo habilísimo. El ladrón debe ser profesional...

—¿Por qué? — inquirió el juez instructor.

—Por la sencilla razón de que no ha dejado rastros. Ni siquiera hemos podido hallar sus impresiones digitales. El hombre ha robado con guantes. Tampoco falseó la cerradura...

Detrás del comisario y del juez, estaba el jefe de la estación «Trigales», tembloroso aún bajo el susto del robo de que fuera víctima. Era alto. Flaco.. Triste... A cada momento se llevaba las manos a las sienes, quejándose con voz ronca:

—¡Qué desgracia! La empresa me echará a la calle. ¡Qué desgracia!

El comisario se condolía:

—No se aflija, amigo don Lucas. Trataremos de que aparezca el culpable. Usted podrá restituir el dinero a su ferrocarril.

—¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia!

La noche anterior, manos maestras habían abierto la caja de hierro de la estación, llevándose el importe de los fletes. ¡Diez mil pesos!...

—¡Qué desgracia! Hoy llegará el inspector de la empresa... ¡Qué desgracia! Me echarán a la calle con mi mujer y mi hijito...

—¡Cálmese, don Lucas! Capturaremos al culpable...

La pesquisa era, sin embargo, difícil. En aquella estación perdida en medio del campo, la policía tropezaba con la falta de «gente sospechosa». La base principal de las investigaciones policiales es siempre la sospecha. Cuando se comete un robo, en seguida se piensa en las personas de vida turbia. A nadie se le ocurre pensar en las gentes honestas.

En la estación «Trigales», todos los vecinos eran buenas personas. Familias de trabajo. Hombres de labor. Mujeres de cocina.

—¿Usted, don Lucas, — interrogó el juez al jefe de estación, — no sospecha de nadie?

—¡Qué desgracia, señor juez! ¡De nadie! ¡De nadie! Pienso y busco, pero... ¡de nadie! El ladrón no puede ser del pueblo. Ha de ser forastero.

El juez, sentado en el sillón del jefe frente a la caja de hierro, entornaba los ojos. Meditaba.

De pronto, se puso de pie. Tomó al comisario de un brazo y lo llevó al andén.

Le habló al oído:

—¿Usted tampoco no sospecha de nadie, comisario?

—De nadie. Hace mucho tiempo que actúo en este pueblo. Son gente de agarrarse a tiros y a puñaladas, pe-

ro no de robar. Cuatreros, sí. ¡Robos como éste, nunca!

El comisario suministró al juez detalles sin importancia. El pueblo distaba treinta cuadras de la estación. Se llamaba «pueblo», pero eran «veinte casas locas», de las cuales quince servían de almacén. Es decir, «despachos de bebidas»

—¿Cómo?

El juez hizo un gesto de asco. ¡Emborracharse en los almacenes!

—¡Qué quiere, señor juez! En estas poblaciones chicas y miserables, el despacho de bebidas con sus mesitas para jugar al truco, sus canchas de bochas, sus tabas y sus carreras, tienen la importancia social del Jockey Club. ¿Qué quiere usted que haga la gente pobre para consolarse de sus fatigas, de su langosta y de sus secas? Juega, Se emborracha. Pierde. Gana. Pelea. Contribuye al fomento de las instituciones comerciales, como los ricos...

—Y aquí en la estación, ¿qué personas viven?

—Pocas. El jefe. Su esposa. Un hijito de diez años... En frente, allí, en aquel vagón sin ruedas, el peón cambista. Francisco, con su mujer, «la vieja Covacha». La casa más próxima es la del boliche del «gaita don Cosme», a tres cuadras de aquí: En resumen, toda muy buena gente.

—¿Y ese... peón-cambista? ¿Qué tal?

—¿Francisco? Un infeliz. Insospechable. Si de alguien pudiera sospecharse, sería de su mujer, «la vieja Covacha», como la llaman todos.

La historia de Covacha

Instantes después, el comisario volvió con la vieja Covacha.

Era un tipo de vagabunda agreste. Quemada por el alcoholismo y por el sol, su cara era lustrosa y mofletuda.

Sus ojos aguachentos miraban con tristeza. Miraba entre lágrimas.

—Parece que esta vieja ha llorado, — murmuró el juez.

—¿Lo dice usted por los ojos? No. Siempre los tiene así. Es el efecto de los copetines. Ha sido muy borracha. Ahora parece que no bebe.

—¡Ah! — exclamó el juez mirando de reojo al comisario. — ¿Entonces esta mujer ha contribuído «al fomento de las instituciones comerciales»?

—Sí, señor juez. Como los socios del Jockey Club. Lo mismo.

Entraron a la oficina del jefe. La vieje Covacha se cuadró frente al juez, aguardando el interrogatorio. Al comienzo, contestó las preguntas con naturalidad. Suspiraba como si el pecho se le comprimiera. Cada suspiro de la vieja Covacha obligaba al juez a echar la cara para atrás.

—¿Cuántos años tiene usted?

—Treinta años.

—¿Treinta años?

—Sí, señor.

El juez se asombró. ¡Treinta años esa vieja que parecía tener más de setenta!

—Así es la vida, señor, ¿sabe? Así es la vida. ¿Le parece a usted que he envejecido pronto? Los pobres, ¿sabe?, bajamos a la tumba cuando los poderosos empiezan a vivir. He sufrido mucho. El trabajo me ha hecho vieja.

—¿Y el alcohol?

—¿Cómo dice, señor?

—¿Y el alcohol?

El comisario intervino:

—Dice el señor juez que si le gusta el «alpiste».

—Ah, ¿la caña? Sí, me gustaba. Pero, ¿sabe?, desde que vine a los «Trigales», desde que cuido al nenito del jefe, ya no bebo. Luisito me dijo un día que le gustaba jugar conmigo. Desde entonces ya no me emborracho más. ¡Nunca más!

Y como si de repente hubiera sentido necesidad de justificar sus borracheras anteriores, empezó a contar la historia de sus desesperanzas. Una vida sombría. Una existencia vulgar de amores, de dolores, de horrores. Una novela humana...

—Yo he sido joven, señor juez. Cuando vivía en Buenos Aires, tuve una vez, quince años. ¡Era linda! ¡Ah, señor juez! Si usted me hubiera visto los domingos, con mi vestidito corto y mis rulos y mis moños de cinta en la cabeza. ¿Sabe? Los mocitos del conventillo andaban locos detrás de mi alegría y detrás de mis dientes... Papá era albañil. Mientras yo fuí chiquita, ¡me recuerdo!, qué bueno era papá conmigo. Me sentaba en sus rodillas, a caballo:

—«¡Vamos, hico! ¡Hico, vamos!»

¡Qué risa! Pero, durante una huelga del gremio, papá se olvidó de ponerme sobre sus rodillas. Se acostumbró a ir a los almacenes. Volvía a casa borracho... En cierta ocasión, ¿sabe?, al entrar en la pieza, vió que yo estaba rezando frente a una estampa de la Virgen María. Mamá me había enseñado un rezo que empezaba así: «Dios te...». No. Así no era. Era así: «Virgen santi...». No. Caracho! Se me ha olvidado. Bueno, ¿sabe? Al oirme rezar, papá sintió rabia. Empezó a gritar que Dios era una mentira de los frailes. Arrancó de la pared la estampa de la virgen. Mamá la había clavado allí con muchos alfileres. la rompió en pedacitos. Yo grité... Entonces él, ¿sabe? agarró la escoba y me pegó con el palo. Aquella noche papá aprendió a pegarme. Había aprendido la lección de memoria. Todas las noches me sacudía la alfombra. Una paliza atroz. Me tiraba al suelo. Me daba patadas poniéndose de espaldas como los burros. Mamá me defendía. ¡Era para peor! La pobre ligaba los golpes en el vientre. Por suerte, mi madre murió. Yo quedé solita con mi padre. Acababa de cumplir quince años... ¿Se dá cuenta, señor comisario? ¿Se dá cuenta, señor juez? ¡Mis quince años en manos de esa fiera! ¿Qué iba a hacer? Era mi padre. Estaba condenada a vivir con él. Ocupábamos el

último cuarto del conventillo. ¡Qué miseria! Yo tenía que arreglarme los rulos en los vidrios! Una noche, papá se propasó, ¿sabe? ¡Canalla! Le rompí una botella en la cabeza. Lo dejé desmayado. Me escapé... ¡Qué noche fría! Fuí corriendo al conventillo de enfrente, donde vivía Francisco. Sí, señor comisario, el mismo Francisco que ahora vive conmigo, ¿sabe?, el peón guarda-agujas...

———

La vieja Covacha se detuvo. Tantas palabras le quitaban el aire. Exhaló un suspiro baboso que hizo inclinar la cabeza al juez.

—¡Ah, qué tiempos aquellos! Francisco me venía afilando con más amor que nadie. Era muy simpático. Un poco zonzo, como siempre, pero buen mozo. Vivía solo en una pieza del conventillo de enfrente. Había llegado de España hacía muchos años, siendo un chiquilín. Trabajaba en un corralón de maderas. Ganaba poco. Sin embargo, le alcanzaba para comer. ¡Oh, ya lo creo! Hasta le alcanzaba para regalarme caramelos y flores.... De noche conversaba conmigo en la puerta de calle. Yo me llamo María, pero él me llamaba «Marucha». ¡Bonito nombre! Ahora me llaman Covacha, ¡Puaf!...Para carnaval le dí un beso. Casi me enloquece de felicidad. ¡Pobre Francisco! Quería que me escapara con él.

—«Nos iremos lejos, — me decía. — Nos iremos a España. Mis padres viven en el sitio más bonito de la península. Se llama «Puerto Pajares»... Tú vivirás allí, con mis hermanas. Te pondrás zuecos, como ellas, para andar en la nieve... ¡Verás qué lindo! «Puerto Pajares» está en una altura, cerca de las estrellas. Desde arriba, mirando hacia abajo, se ven muchos pueblos tan hermosos que parecen casitas de juguete. Verás, Marucha»...

Pero, yo no quería, ¿sabe? Al fin, era una chica de quince años... Me gustaba Francisco. Ah, pero yo esperaba un hombre rico. Hubiera sido triste, ¿sabe?, engañar a un hombre enamorado...

La «vieja Covacha» dejó de hablar. Sus ojos acuosos,

miraban el vacío como si la honradez de sus palabras fuera visible sólo para ella.

—¿Y después? — interrogó el juez.

—Después... Este...

La vieja Covacha había perdido el hilo de su narracion. El comisario la ayudó:

—Usted se escapó del conventillo, de noche....

—Ah, sí. ¡Basta! Ahora me acuerdo... Atravesé la calle. Me metí en el conventillo de enfrente. Busqué la pieza de Francisco. Abrí la puerta. Y entré... Francisco, tapado hasta las narices, roncaba en su catre de lona. Roncaba como un bendito. Lo desperté:

—¡Francisco! ¡Francisco!

—¿Quién me llama?

—¡Marucha!

Abrió los ojos. Al verme creyó que yo era un sueño, ¿sabe? Se sentó en la cama, con los ojos abiertos.

—¡Marucha! ¿Es usted?

—Sí. Soy yo, Francisco.

—¿De verdad es usted?

—Sí, Francisco. Soy yo. Tóqueme. Aquí estoy. Mi padre ha querido faltarme... Vengo a que usted me salve. ¡Sálveme!

Me echó los brazos al cuello. Me abrazó con fuerza. Y me besó, ¿sabe?, como si yo hubiera sido uno de esos ángeles que vemos mientras dormimos.

La Covacha interrumpió de nuevo sus recuerdos. Mejor dicho: los continuó saboreando en silencio. Instintivamente comprendió que nadie mejor que ella podía disfrutar la dulzura de esa evocación. Sus ojos tristes, llenos de lágrimas, no guardaban de su felicidad, más que la imágen de ese amoroso cuarto de conventillo. Sus labios secos y descoloridos, movíanse, palpitantes. Se pasa la lengua por los bordes de la boca como buscando en sus comisuras un poquito de la miel de sus besos nupciales...

La sospecha

—¿Y a dónde se fué usted con Francisco?

—¡Oh! Vaya usted a saber el camino que tomamos los pobres! Anduvimos de acá para allá. Francisco se enfermó y quedó sin trabajo. Yo, para comprarle alimentos y remedios, trabajé de mucama en una casa rica. ¡Si usted supiera las cosas que tiene que soportar una mucama de casa rica, para conservar su puesto! Si la mucama es bonita y en la casa hay jóvenes o viejos, es mejor ir a pedir limosna por las calles... Yo, para que Francisco no sufriera, soporté todo, hasta perder la vergüenza. Con un mucamo de la misma casa robé un collar de perlas. Estuve varios años en la penitenciaría de mujeres. En compañía de esas condenadas aprendí todos los vicios... Cuando salí, envejecida y estropeada, Francisco me recogió en sus brazos. El pobre sabía que yo era inocente. Porque es inocente quien comete un delito para comprar remedios a un enfermo. Si no hubiera sido por mí, él no tendría la salud que ahora tiene. Dicen que me emborrachaba... Sí, es cierto. ¿Y qué esperaba de mí después de tanta desgracia? ¿Querían que me dedicara a hacer poesías? ¡Puafff! Viéndome vieja, con el pelo blanco y sin dientes, cuando apenas voy a tener treinta años, me da una pena bárbara. Me mataría. Ah, pero, hay cosas en la vida, ¿sabe?, que nos atan y nos hacen ver que la vida tiene más flores que la muerte... ¡Si no fuera por ese angelito que se ha puesto en mi camino como una salvación!...

La vieja Covacha llevóse las manos a la cara. Lloraba desconsoladamente. El juez y el comisario la miraban sin lástima.

—«Ternura de alcohol...»

En ese instante se asomó por la puerta de la oficina una cabecita rubia. Era un niño de diez años. Sus ojos vivarachos examinaron la escena. Vió primero al juez y al comisario. En un ángulo de la oficina, divisó a don Lucas,

el jefe de estación, inmóvil y pálido, contra la pared. Por último vió a la vieja Covacha en el instante de llorar, cuando sus sollozos agitaban su cabellera blanca.

—«¡Covacha! ¡Viejita!»

El niño rubio corrió hacia la vieja, con los brazos abiertos. Ella dejó de llorar para inclinarse sobre la cabecita del niño y besarlo en la cara.

—«¡Niño mío! ¡Niño mío!»

—«Covacha, ¿por qué lloras? ¿Quién te ha pegado? ¿Quién?...»

El niño arrojó una mirada de odio sobre los funcionarios.

—«¿Quién te ha pegado, viejita? ¿Por qué lloras...?»

—«Nadie me ha pegado, rico. ¡Lloro por gusto!»

Entonces el juez se inclinó al oído del comisario:

—¿Quién es este chico?

—El hijo del jefe de estación. El hijito de don Lucas...

Don Lucas se aproximó al juez para explicarle:

—Desde que la Covacha llegó, hace unos meses, a los «Trigales», se encariñó con Luisito. Lo quiere con locura. Juega con él. Lo divierte haciéndole látigos, trampas, hondas. Le busca piedritas de colores. En fin, cuando lo ve, se transforma. Desde que lo conoció no se emborracha.

—¿Y usted lo deja andar así, con esta mujer tan sospechosa?

—¡Qué voy a hacer, señor! La estación está muy aislada del pueblo. Mi nene no tiene con quien jugar... Yo estoy siempre ocupado con los trenes, con las planillas, con el telégrafo. Mi mujer, como no tenemos sirvienta, necesita «hacer la casa», estar en la cocina... Por otra parte, la pobre Covacha, señor juez, es una infeliz. Es buenita, señor. Le ha quedado ese aire de matrera por los estragos de su vida anterior. Pero, las apariencias engañan... Cuida mucho a mi nene. ¿No ve cómo llora abrazada a Luisito? ¿Cree usted que una mujer mala puede tener tanto amor a los niños? Ella se queja de no haber tenido hijos...

—Sí, muy bien. Pero, esta mujer no es dueña de una vida muy limpia. Acaba usted de oír cómo confiesa que robó un collar siendo mucama... Para mí, — Dios me perdone, — esta vieja bruja tiene mucho que ver con los diez mil pesos de su caja de hierro.

—¡Imposible! No puede ser...

—Eh, don Lucas. No afirme usted, así, tan categóricamente,—agregó el comisario.—La ciencia policial ha encontrado delincuentes en personas que parecían muy santas...

—Sí. ¡Pero la vieja Covacha! ¡No! Sería condenar a un inocente...

Una frase de la Covacha

El juez y el comisario se encerraron con la vieja Covacha. A medida que la hacían hablar de su vida pasada, se afirmaban en la creencia de que ella era, por lo menos, cómplice del robo. Su teoría literaria de que «es inocente quien comete un delito para comprar remedios, fué el camino que vieron abierto ante sus ojos perspicaces para poder encontrar al ladrón... La vieja Covacha hablába ingenuamente de su vida. Narraba sus años de prisión. Las enseñanzas recibidas en la cárcel. Evocaba las historias de sus compañeras de celda. Interrumpía sus descripciones trágicas, para soltar la risa, pues recordaba en medio de las penumbras carcelarias, las escenas cómicas. Las mujeres peleándose. Tomándose a trompadas por asuntos nimios. Odiándose por razones de coquetería. Desafiándose a muerte, con las tijeras de la costura, porque una de ellas se había enamorado del amante de la otra. Amante al cual la otra sólo había visto un día de visita, a través de la reja...

La vieja Covacha contaba al juez y al comisario todas las podredumbres que sus ojos habían visto. Pero, en medio de todo, el único delito grave de la Covacha, era el robo del collar. Lo demás, eran pequeñeces del hambre.

—¡Cosas de la vida!—terminó diciendo ella.

—¡Es natural, cosas de la vida! — repitió el juez. Y de improviso, como haciendo un comentario a una confesión que la Covacha no había hecho, exclamó:

—¡Muy bien! ¿Así, que usted abrió la caja de fierro y sacó los diez mil pesos?

—¿Qué? ¿Qué dice?

—Usted fué quien robó los billetes del jefe, en combinación con su marido, Francisco, ¿no es eso?

—¿Qué? ¿Qué dice?

Empezaba a comprender. Hubiera deseado comprender. Comprendió... En su cerebro recocido de alcohol, tuvo la visión clara de que la acusaban de un delito... ¿qué delito? El collar, sí. ¡Es claro! Para eso se pasó cinco años en la cárcel. ¿Otra cosa? No... ¿Plata? ¡Miente!

Temblaba de rabia.

Llamaron a Francisco, el marido de Covacha, el guarda-agujas.

Entre el juez y el comisario acosaron a preguntas al peón y a su mujer. El lenguaje policial posee palabras mágicas que marean las conciencias más sólidas.

Después de tres horas de interrogatorio, el juez, secándose la frente, ordenó al comisario:

—Proceda, comisario. La tarea ha sido árdua. Hemos triunfado. Puede usted capturar a estas dos buenas piezas...

Al día siguiente, cuando se detuvo en los «Trigales» el tren que iba a la capital, dos agentes hicieron subir a un tren furgón a Covacha y a Francisco. Covacha, minutos antes de llegar el convoy, habíale pedido al comisario que le trajera al hijo del jefe, a Luisito, para darle un beso de despedida. El comisario fué a buscarlo. La madre del niño, estaba con él.

—Con su permiso, señora. La vieja Covacha, quiere despedirse de Luisito...

—¡No! No quiero.

—¡Sí, mamá! Déjame ir...

—¡No! ¡Es una ladrona!

—¡Mentira, mamá! Yo quiero mucho a la Covacha...

La madre apretaba contra su pecho al muchachito. Pero el niño, con una fuerza superior a sus diez años, se irguió con altivez. Se desprendió de los brazos maternos. Y salió corriendo hacia el andén.

—«¡Covacha! ¡Viejita!»

Y la vieja Covacha, de rodillas en el andén, besaba a Luisito, con besos furiosos. Empapaba su cabeza de lágrimas...

—Vamos, arriba, Covacha... El tren sale,—gritaba el el comisario.

—¡Un momento, por favor!

—Deje a ese niño.

—Otro beso y nada más. Ya no lo veré nunca. Jamás. ¡Canallas! Me separan de él, ahora que gracias a su cariño, empezaba a revivir... Me separan de esta cabecita de amor santo, cuando la divina gracia de su ternura, iba a salvarme... ¡Canallas! ¡Canallas!... Pero, escucha, niño mío. Voy a decirle una verdad grande como el mismo Dios, niño mío, que digo la verdad. Te la digo a tí sólo, porque sólo me interesa que tú creas en mi inocencia. Que los demás supongan que soy una ladrona, no me importa. ¡Pero, tú, Luisito, no!... Tú eres un corazón limpio de manchas. Tú ves dentro de mi conciencia . ¿Verdad, Luisito?

De rodillas, levantaba al niño en sus brazos, hacia el cielo, como en un sacrificio.

—¡Vamos, Covacha, arriba!

A empujones la subieron al tren. Todavía la vieja pudo asomarse a la ventanilla, para ver a Luisito. El niño, con las manos tendidas hacia el tren, gritaba:

—«Sí, Covacha. ¡Tú eres buena!...»

Y le tiraba besos con los dedos.

Covacha recogió aquellos besos aéreos, besos de brisa, gritando entre los chillidos de la locomotora, esta maravillosa frase de justicia que, hoy, me hace llorar al escribirla:

—«Los niños son la mano de Dios....»

Un pequeño requisito

La investigación llegada al punto de partida. No habiendo otra persona sospechosa del robo, la vieja Covacha y su marido tenían que ser, forzosamente, los ladrones. El juez necesitó muchos expedientes para reconstruir el delito. Un cronista policial sintetizó las divagaciones del sumario en estas líneas:

«El jefe de la estación «Trigales», don Lucas Pinel, dormía con su esposa y su hijito. Antes de acostarse, don Lucas contó los diez mil pesos, poniéndolos en su caja de hierro. La puerta de su oficina, frente al coche sin ruedas donde vivía la Covacha y Francisco estaba abierta. Se supone que el guarda-agujas y su mujer espiaban en la sombra, cuando don Lucas guardaba los billetes. Vieron que escondía la llave en el bolsillo del pantalón. Don Lucas se fué a dormir, cerrando la puerta con pestillo, como era su costumbre. A la madrugada, la Covacha y Francisco, escudados en las tinieblas, se apoderaron de la llave que el jefe guardara en su pantalón. Abrieron la caja. Y se llevaron el dinero....»

El cronista, agregaba:

—«Como se ve, el delito ha sido descubierto, gracias a la perspicacia de nuestra justicia. Sólo falta que aparezca el dinero robado y que ambos delincuentes cumplan el pequeño requisito de confesar su robo. Nada más...»

Los ojos azules

—¿Qué tienes, nene?

Luisito no jugaba. Permanecía muchas horas, en silencio, viendo volar las moscas. Desde que detuvieron a la vieja Covacha, desde que la vió alejarse en el tren que la llevó a la cárcel. Luisito no reía con nadie. La madre al verlo tan triste, hacía esfuerzos para distraerlo.

—¿Quieres jugar conmigo, Luisito?

—No, mamá.

—Sí, precioso. ¿Quieres que te haga un látigo?

Un sollozo le brotó del pecho. Recordaba a la pobre Covacha cuando sentada junto al vagón sin ruedas que le servía de casa, le fabricaba látigos, con un largo cuchillo...

—¡Pero, nene!... No te pongas así. Covacha volverá. Vendrá otra vez.

Entre las lágrimas, Luisito alzaba los ojos, llenos de esperanza:

—¿Crees, mamita, que volverá?

—Sí. Volverá...

El jefe, don Lucas, sufría también viendo el dolor de su hijo. Hubiérase dicho que hasta sufría pensando en la vieja Covacha, tan buena con Luisito, tan cariñosa, tan dulce, a pesar de la ronquera que el alcohol dejara en su laringe...

Su mujer, le dijo una tarde:

—¡Caramba, Lucas! Tú también andas como un fantasma... Debieras estar contento de que hayan aparecido los culpables del robo. De lo contrario, la empresa nos hubiera echado...

Don Lucas miraba a su mujer. ¡Qué tristeza de perro sin dueño había en sus ojos! Callaba. Callaba.

—Sí; tú te callas, pero sufres. Nuestro hijo anda lo mismo, perdiéndose en los rincones. Anoche, mientras él dormía, lloraba, quejándose... Creía que tuviera las manos sobre el corazón. ¡No! Lloraba como lloraba mamá cuando estaba muriendo. Tengo el presentimiento de una horrible desgracia.

Entonces, don Lucas se enojaba:

—¡Qué cosas dices, Rosa! ¡Cállate! No seas bicho de mal agüero. Esto pasará. Pasará...

Se metía en su oficina. Se metía en sus planillas, trabajando.

De noche, una vez apagadas las luces de la estación, don Lucas salía sólo a pasear por los campos. Iba sólo, espantando con sus pasos a las bizcachas temerosas.

—¿Dónde vas, papá?

—Voy a dar una vuelta. Ya vuelvo, Luisito.

—¿Quieres que vaya contigo?

—¡No! La noche está destemplada.

—Sí. ¡Llévame!

—Bueno, vamos.

Luisito se colgó del brazo de su padre. La noche era clara. El camino del pueblo parecía una alfombra.

Caminaban en silencio.

—Papá...

—¿Qué?

—Quiero pedirte un favor.

—¿Eh?

—Sí. Quiero que me lleves a visitar a la vieja Covacha.

—¡Hijito! Está muy lejos. En la cárcel. Allá lejos.

—No importa. ¡Quiero verla!

Había tal firmeza en las palabras de ese niño de diez años, que hablaba con la autoridad de un hombre viejo. Don Lucas iba a resistirse. ¿Cómo acceder a tamaño disparate? ¡No! ¿Qué diría la empresa si llegaba a saber que él visitaba en la cárcel a la autora del robo de su propia oficina? Nunca...

—«Bueno, hijito. Iremos...»

¿Eh? Había dicho: «iremos». Pero él no quería ir. Sin embargo, aquel «iremos» le brotó del alma, como si las palabras de su hijo hubieran sido el mandato de su propia voluntad. De su propia conciencia.

—¿Cuándo?

—Iremos pasado mañana, cuando llegue el segundo jefe que la empresa me manda. Pediré permiso por telégrafo.

Luisito tomó la mano derecha de su padre. Se la besó en el dorso, con un beso largo. Don Lucas se estremeció:

—¿Qué tienes, papá? ¿Frío?

A la luz de la luna brillaban los ojos azules del niño, mirando a su padre. Don Lucas se enojó:

—Vamos, pronto a casa. Por culpa tuya llegaremos tarde. Vamos. Vamos.

Y don Lucas echó a correr. Detrás de él brillaban, persiguiéndolo, los ojos azules del niño.

La encausada N. 4321

No fué difícil ver a la Cobacha.

—Es una encausada tranquila, — le dijeron en la alcaldía a don Lucas, — pero tendrá que hablarla a través de una reja...

—No importa.

Don Lucas, poco habituado a ver una cárcel interiormente, sentía que las piernas le temblaban. Le temblaban también los labios y los carrillos. De buena gana hubiera escapado de aquellos paredones sombríos. Sin embargo, avanzaba detrás del guardían, como si los delitos de su hijo que sentía entre sus dedos, le trasmitieran una fuerza fantástica.

Luisito, dentro de su traje a la marinera, con su rubia cabellera echada hacia atrás y sus ojos azules inquietos y alegres, caminaba dando pequeños saltos.

El guardían se detuvo frente a una reja colosal, alta como una pared y que cerraba un patio vacío. Gritó a través de los hierros:

—«¡4321!»

Hubo un ruido de llaves. Luego oyóse a lo lejos otra voz que repetía como un eco:

—«¡4321!»

Transcurrió un instante. Nadie aparecía. El guardián gritó furioso:

—«¡A ver si sale ese 4321!»

A la distancia, retumbó una voz áspera:

—¡Eh, no grite! ¿Qué se cree? No me arrempuje. Iré si se me antoja, ¿sabe?

Los ojitos azules se dilataban. Los brazos del niño se tendieron hacia la voz.

—«¡Covacha! ¡Viejita querida! Soy yo. Tu nene... ¡Luisito!»

La vieja Covacha se arrojó contra los hierros de la jaula, besando las manos del niño y los barrotes de hierro...

—«¡Oh, eres dulce como la mano de Dios! ¡Queridito! ¡Queridito! Anoche te ví en sueños...»

La inquisición

Don Lucas no podía hablar. El frío le atravesaba la lengua como un clavo...

—Vea, Covacha... Tenemos cinco minutos de permiso.

Pero ella no escuchaba. Sacó sus dos brazos flacos a través de la reja y mantenía abrazado al niño. Luisito había inclinado su cabeza de oro, apoyándola sobre los barrotes que cubrían el pecho de Covacha. Entrecerraba los ojos, como hacen los nenes cuando se están durmiendo...

—¡Uyyy, niño mío! ¡Si supieras cómo me han hecho sufrir! A toda fuerza me pedían que les contara cómo había robado los diez mil pesos de la caja de fierro, ¿sabes? Yo les decía la verdad: que era inocente, que era una injusticia acusarme de un delito que nunca cometí. Y ellos ¿sabes lo que hicieron? Me dieron a comer guisos de bacalao, sardinas saladas, arenques en salmuera... ¡Fueron comilonas de millonarios! Todo salado. Muy salado. Saladísimo... Tan salado, que al segundo día, la boca se me secó. Yo pedía agua. No me daban. Al tercer día, volvieron a darme bacalao, sardinas y arenques.

—¡Agua! ¡Quiero agua!

—«No hay agua»

—¿Por qué no hay agua para mí? Demen un balde. Un jarro. Un traguito...

—«No hay agua para usted»...

Yo tenía una sed de perro rabioso. ¿Sabes cómo es la sed de los perros rabiosos? Es una locura. Es unas ganas brutales de morder. Es una ansia de matar bebiéndonos la sangre de los que matamos. Es como morir de dos muertes diferentes en un momento mismo: ahogándonos en el mar y quemándonos vivos en un horno; ¿Sabes? Los ojos se nos secan. El estómago se nos arruga como un trapo de piso. La sangre se nos va del cuerpo. Y lo más horrible es que sintiendo dentro de nosotros las tripas secas, creemos que afuera el agua nos rodea. Los ojos se nos ponen ciegos para todo, menos para ver el agua que la fantasía hace caer a chorros frescos y cristalinos delante de nosotros. Vemos aguas atrás. Agua arriba. Agua abajo. Agua que nos envuelve sin poder humedecer con ella nuestra boca. Sin poder acariciarla con la lengua, ¿sabes? Es horrible. Es brutal. Es puerco... ¡Canallas! ¿Te acuerdas, rico mío, de los látigos y de las hondas que yo te hacía durante las siestas? ¿Te acuerdas? ¡Oh! Es una sed que parece de sangre. ¿Sabes? Es una sed de muerte...

—Por favor, Covacha. ¡No le cuente más esas cosas al niño! Va a enfermarse.

Pero Luisito se irguió como un tigre. Levantó la cabeza rubia que era como de sol.

—Déjala, papá. ¡Que hable! Que me cuente todo para tener el coraje de salvarla....

Y en los ojos azules se veían relámpagos de luz. Desde el fondo de sus pupilas, una mano flamígera trazaba en la sombra ademanes de Dios...

La mentira

El guardián se acercó:

—«Han pasado los minutos reglamentarios».

—Un momento, ¿sabe? Voy a concluir. Pues bien: pasaron muchas horas sin que nadie me diera un sorbo de agua... Por la tarde me sirvieron otra vez bacalao y sardinas. «¡Agua! ¡Agua!», gritaba yo. Se burlaban de mí. Me tiré al suelo, a llorar... Me bebí las lágrimas. Las lágrimas saladas aumentaron mi sed... En fin, apareció en mi celda, el juez con varios carceleros. Uno de ellos traía una gran jarra de agua. Otro, traía un balde, también repleto de agua. Intenté ponerme de rodillas para agradecer a la Virgen la bondad de esos hombres que me traían el agua.

—«¡Gracias, señores! ¡Dios les pagará esta limosna de agua que me traen!»

Quise arrojarme sobre el balde, para bebérmelo de un trago. Como me lo impidieron, probé de echarme sobre la jarra que tenía delante... Los guardianes me ataron con una soga los brazos y las piernas, manteniéndome sujeta a las argollas de hierro de la pared. Pusieron el agua a un metro de mis ojos. Yo veía hasta el fondo del balde. Una agua pura. Una agua de cristal. Sabrosa como licor, sin duda... La lengua seca como lengua de loro, se me salía de la boca. Se me alargaba. Por momentos, ¿sabes?, creía que la lengua se me despegaba de la garganta y se me salía de entre los dientes, para meterse en el balde y apagarse la sed, ella sola, dejándome a mí muerta y viva. Yo ladraba:

—«¡Agua! ¡Agua! ¡Por favor! Hace tres días que no me dan agua, señor juez»...

—Muy bien, Covacha. Aquí te traigo toda el agua que quieras. Pero, primero, necesito que confieses haber robado los diez mil pesos de la estación «Trigales».

—¡Yo no he robado nada! Se lo juro por mi madre.

¡Se lo juro por la Virgen! ¡Se lo juro por la cabecita rubia de Luisito!... ¡Agua! ¡Agua!

—No te creo. Si quieres agua, declara que fuiste tú la ladrona. Tu marido, Francisco, confesó esta mañana que él había robado el dinero contigo.

—¡Mentira! El pobre Francisco no habrá podido soportar la sed y, más débil que yo, ha mentido para poder beber. ¡Canallas! Es un crimen hacer esto con los seres humanos. Es un crimen. Un asesinato. La policía no tiene derecho a martirizar a nadie para cumplir con su deber...

—¿Entonces, — me preguntó el juez, — no quieres agua?

—¡Agua! ¡Agua! ¡Sí!

—Confiesa. Fuiste tú...

—¡No!

Se dió vuelta y ordenó a los guardianes:

—Llévense el agua.

Yo vi que se llevaban el agua. No pude más.

—«Sí, venga. Sí. ¡Yo robé! Fuí yo la ladrona».

Pero, no, niño mío. ¿Sabes? No, Luisito. ¡No me mires así! Yo no fuí la ladrona. Tenía tanta sed. ¡Mentí...

———

—¡Basta! ¡Se acabó la charla!

El guardián llevóse a la vieja Covacha, arrastrándola. Luisito tomó a su padre de la mano:

—Vamos, papá. No llores... ¡Mira! Yo soy chico y no lloro. Soy un nene y no tiemblo como tú estás temblando...

El segundo jefe

Don Lucas y Luisito volvieron a los «Trigales». El segundo jefe, Andreus, enviado recientemente para ayudar a don Lucas, era un telegrafista envejecido en su trabajo. No había logrado ascender a jefe por culpa de su celibato. Las empresas ferroviarias no quieren jefes de estación sin familia. Y Andreus no se casaba porque ya era vie-

jo para emprender viajes de Julio Verne... Tenía la mirada torva. Era de carácter agrio. No hablaba casi nunca.

Don Lucas lo miraba con recelo. A menudo en su escritorio, al levantar los ojos de sus planillas, se encontró con la mirada oblícua de Andreus, espiándolo... Don Lucas, cada día más flaco, sentía en sus huesos el taladro de esa mirada de mala ley. Se estremecía. La piel se le erizaba...

Luisito se acostumbraba difícilmente a la cara de Andreus. Sin embargo, un día en que el niño estaba con su padre, sentado en el andén, lo llamó:

—Señor Andreus. ¿Por qué no viene o conversar con nosotros?

Don Lucas tuvo un gesto que no pasó inadvertido para los ojos azules del niño.

—Papá: ¿tú quieres al señor Andreus? ¿Sí o no?

La pregunta le sorprendió como si le hubiera tirado de improviso, una piedra en la cara.

—Sí, Luisito...

El niño, desde aquel día, observó al padre y a Andreus con una curiosidad de pesquisante. En su clara inteligencia, presentía quién sabe qué misterio. Los ojos de Andreus eran para su padre como dos grandes luces. Luces de cuyo resplandor su padre se escondía. Huyendo. Estremeciéndose...

¿Qué fuerza secreta guiaba al niño en sus observaciones?

Otra vez, escondido tras una puerta de la oficina, oyó que el segundo jefe hablaba con su padre. La voz de Andreus tenía un timbre extraños:

—¿Ha sabido usted algo, don Lucas, del robo de los diez mil pesos? ¿Aparecieron los billetes que le robaron a... usted, es decir, a la empresa?

—¡No! ¡Nunca!

—¡Carambita! Es raro, ¿no?

Don Lucas doblaba la cabeza sobre sus papeles. Andreus lo miraba. El niño palideció al ver cómo el segundo jefe, miraba sobriamente a su padre.

—¡Es raro, carambita! Cuando la empresa me mandó aquí, supe que...

—¿Qué?

—Supe que el guarda-agujas y su mujer eran los presuntos culpables. Pero, yo no creo. He conocido a Francisco y a Covacha en la estación «Seis Arboles», donde yo era telegrafista. ¡Buenas gentes! No se metían con nadie. Eran honrados a carta cabal... Yo se lo dije al gerente. Fué entonces cuando él me mandó aquí, como segundo de usted... ¡Sabe Dios dónde andarán los diez mil pesos!

Don Lucas movió los papeles. No miraba a Andreus. ¡Si lo hubiera mirado!...

—Hasta luego, Andreus. Voy a recostarme un poco. Me duele mucho la cabeza.

—Hasta luego, jefe.

Al salir, don Lucas tropezó con Luisito. El niño atravesó corriendo la oficina.

La tumba del tesoro

Por la noche, don Lucas, después de cenar, — apenas probó la sopa, — salió, como de costumbre, a pasear por el andén. En la oficina vió a Andreus. El solterón, iluminado por la gran lámpara de querosén, hacía el balance de boletería. En la cocina, su mujer, Rosa, siempre pacífica y silenciosa, lavaba los platos y las ollas. Luisito, en el comedor, hojeaba una revista...

Don Lucas miró a todos lados y se perdió en la sombra, apresuradamente, con rumbo hacia el potrero, detrás de la estación. Al avanzar, miraba hacia atrás. Se detuvo en una pequeña pieza de madera, aislada, donde se guardaban las carretillas de los equipajes. Tomó una azada y echó a correr con ella, siempre rumbeando hacia el potrero. De pronto se asustó. Creyó oir un rumor. Nada... Sus ojos, sin embargo, no alcanzaron a ver una sombra que se movía en los yuyos. Así sucede siempre. Los ojos

de los que tienen miedo, pierden toda su potencia visual. No ven nada... En cambio, el oído se les aguza de manera tan sútil que oyen hasta el rumor imperceptible de un fantasma.

Don Lucas se detuvo. Buscaba algo en la obscuridad. Iba. Venía... Por fin, sintióse en la noche, débilmente, el ruido de la azada clavándose en la tierra.

—Zun! Zun!

—Zun! Zun!

—Zun! Zun!

La «sombra», escondida detrás de unos yuyos se conmovió de espanto, como si toda su alma fuera la tierra donde estaban cavando... Poco después, la sombra exhaló un lamento que hizo correr a don Lucas, como loco, en medio del potrero. Dejó la azada. Y huyó hacia el andén como si el espíritu de un muerto en sacrilegio le mordiera los tacos...

Don Lucas se detuvo frente a su oficina. Contempló a Andreus sentado en la misma posición que lo dejara. El segundo jefe continuaba su balance de boletería, bajo la amarilla luz del querosén.

—«¡No, — pensó don Lucas, — él no era!...»

En el comedor halló a su mujer. Rosa volvía de la cocina, con la pila de los platos.

—¿Y Luisito?

—En el andén.

—Al entrar no lo he visto.

—¿No?

Salieron al andén. Allí estaba Luisito. Tiraba municiones al aire con su honda, en actitud de cazar pajaritos.

—¿Dónde estabas, Luisito?

—Aquí, papá. ¿No me ves? Quiero cazar estrellas...

Al día siguiente

Luisito abrió los ojos. El sol le despertó. Se arrojó del lecho.

—¡Debe ser muy tarde!

En la cocina andaba su mamá. Sentíase el eterno cántico de sus ollas limpias. Su papá, don Lucas, estaría sin duda en su tarea.

Se asomó por la ventana del andén. En efecto, don Lucas, con unas guías en la mano, dirigía las maniobras de un largo tren de carga.

El niño se vistió con premura.

—¿Luisito, ya estás levantado? ¿Quieres el café?

—Sí, mamita.

Sentóse junto a la mesa de la cocina. Su madre le puso delante una gran taza de café con leche, Hizo sopas.

—¡Rico café! Tengo hambre...

Se tomó dos tazas. Luego buscó el sombrero de alas anchas.

—Mamita, déjame ir a cazar pajaritos, ¿quieres?

—Sí, Luisito. Pero no vayas lejos.

—No.

Al cruzar el andén vió de nuevo a su padre, yendo y viniendo, entre los vagones de carga. En la oficina, el segundo jefe, Andreus, escribía en un libro. El nuevo peón, mandado en reemplazo de Francisco, llenaba de petróleo las lámparas de la sala de espera.

Sin que nadie lo viera, Luisito se dirigió al potrero. Ocultándose entre las matas, llegó al sitio donde su padre, la noche anterior, había estado cavando. Encontró la tierra removida a trechos, como si alguien hubiera buscado alguna cosa y, de pronto, hubiese suspendido el trabajo, olvidando allí mismo la azada...

Luisito, de rodillas, empuñó la azada. El instrumento era más grande que él. Dió varios golpes. Los brazos se le doblaban. Sintió que no podría... En un gesto rebelde

de impotencia, echó a un lado la azada. Empezó a cavar con las uñas...

Bajo la luz quemante del sol, Luisito hundía los dedos en la tierra. El sudor le chorreaba. Extraía puñados de tierra y tornaba a cavar. Por fin, sus dedos produjeron un ruido metálico. Era una lata. Una caja de té... Le puso la mano encima sin sacarla del pozo y miró a la distancia. Estaba solo...

Abrió la caja. Adentro vió un montón de billetes de banco.

—¡Oh, era verdad! — exclamó — ¡Covacha es inocente!

Sintió unas espantosas ganas de llorar. Se contuvo. Escondió los billetes dentro de su blusa y corrió a la estación.

Su padre, sentado en su escritorio, extendía una guía de cereales. De pie, a su lado, el segundo jefe, Andreus, aguardaba con un sello de lacre. En frente, el guarda del tren esperaba la hora de partir...

Luisito entró corriendo. Gritaba:

—¡Papá! ¡Papá!

Todos levantaron la cabeza:

—¡Papá! Aquí están los diez mil pesos...

—¿Eh?

—Yo los había sacado de la caja de fierro. ¡Yo los había enterrado! Míralos. Aquí están...

Don Lucas ni se movió. Dos gruesas lágrimas cayeron sobre la guía.

—Ahora...

Fué necesario telegrafiar a la empresa y al juez.

El niño se empeñaba en que vinieran a llevarlo preso, como se llevaron a la vieja Covacha.

—«¡Yo soy el ladrón!» — gritaba con orgullo. — «Ahora deben soltar a la vieja Covacha»...

A media noche, don Lucas se levantó de la cama.

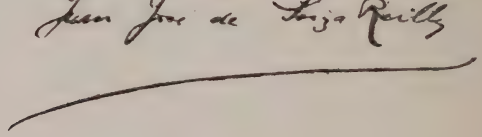
Fué hasta la camita de su hijo. Luisito dormía... Se inclinó despacio. Lo besó en la frente:

—«¡Queridito mío! ¡Tú me has salvado! Eres la mano de Dios»...

Una sonrisa angelical alumbraba de gloria la cara del nene.

El triunfo

—¡Covacha! ¡Viejita! Has vuelto...



FIN

PECADORAS

EN LO REFERENTE A LA MORAL HAY DOS CRITERIOS OPUESTOS. EL CRITERIO DE LOS CERDOS QUE SOLO VIVEN FELICES HOZANDO INMUNDICIAS Y SE QUEJAN DE QUE LAS NOVELAS DE SOIZA REILLY NO BABEEN LUJURIA, Y EL DE LOS QUE OPINAN QUE TODA LECTURA DEBE SER APTA PARA MENTES DE COLEGIALAS DE PRIMERA CLASE DEL "SACRÉ COEUR"

"PECADORAS"

Libro lleno de hondo sentimentalismo, emoción y dolor.

¡El más grande éxito del autor de

No leas este libro!

ALGUNAS OPINIONES RESPECTO AL LIBRO

"PECADORAS"

(Obrá declarada "inmoral" por la Comisión de Moralidad, con un criterio absurdo y completamente arbitrario).

DE A. GARCIA PINTOS:

En la cámara de diputados de la nación, varios legisladores han presentado proyectos de ley tendientes a castigar a los vendedores y consumidores de alcaloides. ¿Qué tiene, pues, de censurable que Soiza Reilly haya publicado escenas que pudo ver, en toda su descarnada realidad, en cierta parte de gente que escandalizaba en cierta parte de Mar del Plata?

DEL DIARIO ESPAÑOL: (11 Agosto 1925)

Un libro de juventud candente, que reciben el homenaje de un artista, pintor de la vida, al que ningún orden de hipocresía contiene en su libertad de observar, pensar y escribir, sin prevención, ni temor a los comentarios, ni explosiones de opinión acomodaticias.

Soiza Reilly profundiza sus análisis, soportando indiferentemente la pena que provocan sus contendores.

Es un libro apasionado y valiente, cuya desnudez puede servir de ejemplo y enseñanza.

DEL FRAY MOCHO.—N.º 691.—Julio 21 1925

En este volumen, Soiza Reilly, escritor ventajosamente conocido dentro y fuera del país, narra con su pluma nerviosa, verdaderos jirones de la vida real.

Espíritu observador, sin llegar a un realismo exagerado, este escritor no pone trabas a su pensamiento y manifiesta con la fuerza de su estilo, lo que ve, lo que altera su alma y le ofrece a aquella una gran motivo. Soiza Reilly es un escritor valiente, y sobre todo tiene un gran acierto para reflejar los estados de los seres atormentados que encuentra en su camino y que se ofrecen plenamente descubiertos para su ojo analítico.

Indudablemente que en estos tiempos en que las ideas se disfrazan, es raro que un escritor manifieste con altivez lo que ve. Para Soiza Reilly no hay obstáculos; no hay grilletes para sus ideas; ni barrenos para sus palabras. Donde encuentra un motivo, un misterio, una revelación, allí está su alma de artista dispuesta ya a reflejarse sinceramente. De ahí la belleza de este último libro, el cual, como sus anteriores, es un conjunto hermoso de literatura amena.

El autor de "El alma de los perros" une a sus obras anteriores un nuevo galardón.

DICE EL AUTOR DE "PECADORAS"

al comienzo de su ya popular libro:

PECADORAS!... Almas, al fin, que por vivir la suerte de las flores, sufren como las flores. El autor confiesa la envidia y la pena que provocan en él, las pobres mujercitas de amor, que a veces, suelen ser más puras que una virgen.

El mundo condena sin remisión a las que, atraídas por la luna reflejada en las aguas, equivocan la ruta. Y, sin embargo, quien haya visto de cerca a las mujeres pecadoras y pecaminosas sabe que todas ellas mueren de su propia pasión, como las abejas en el goce...

¿Para qué condenarlas? ¿Para qué herirlas si ya llevan en sí la herida magna?

El escritor moralista, — todo escritor es, aunque sea un Víctor Margueritte, un moralista, — cumple con su alta misión de higiene pública, desnudando ante la virtud, las almas pecadoras. Su desnudez ha de servir de ejemplo y de enseñanza.

Siempre, ya en los cuentos infantiles de moral mentirosa, ya en las existencias verdaderas, el que se aparta de la luz, apaga en sí su luz...

SEA VD. JUEZ...

y no se guie por los fallos de la Comisión de Moralidad.

EN VEZ DE LEER LIBROS QUE LA OPINION AJENA LE IMPONE, IMPONGA SUS PROPIOS GUSTOS Y SU PROPIO CRITERIO LEYENDO ESTE LIBRO.

NO LEAS ESTE LIBRO

El amor,
las mujeres
y
otros venenos.

Un libro
que habla
al cerebro
tocando el
corazón.

Precio: $ 2.—

—Su libro "PECADORAS" — me dijeron, — debe ser inmoral.

—¿Por qué, amigo mío?

—Porque ha sido acusado ante la Comisión de moralidad, como libro que revela cosas de nuestra aristocracia que debieran callarse.

—¡Qué debieran no hacerse!

Muy bien. No tengo ninguna simpatía ni respeto por aquellas personas que se reunen en comisión para defender a la moral. Creo que cada cual debiera defenderla a su manera. Pero establecer dogmáticamente una moral mediante el voto de varias personas, me parece propio de caballeros que nunca están seguros de su propia moral.

¿Inmoral un libro que puede estar en las manos de un niño? Inmoral un libro que combate los vicios malsanos de las señoritas y mocitos de nuestra aristocracia? Entonces Jesucristo debe ser inmoral. ¡Fariseos, llevadme a la cruz!...

¡Ah, perros! Ya sé lo que ocurre. En mi libro he dibujado, con exceso la verdad, — y la verdad es un exceso siempre para los timoratos, — personajes conocidos en Mar del Plata, en la Avenida Quintana, en la calle Florida y en el "Vogue's Club". Estos personajes pertenecen a la "haute", a la alta sociedad, donde habrá muchas honradas mujeres y muchos señores honrados, pero... ¡Dios mío! ¿y las mujercitas que yo he visto borrachas de morfina, de cocaína y de champagne?

Los ricos siempre encuentran defensores. Los pobres, la policía...

Y si la policía y los periódicos se ocupan tan a menudo de descubrir sitios en que se reunen a tomar cocaína las mujeres y los hombres baratos de "cabarets" ¿por qué me ha de ser vedado el descubrir los sitios aristocráticos y los departamentos reservados, donde la niña Cocó y el niño Fifí o la señora Pola con sus amiguitas, celebraban sus misas sáficas y sus locuras ardorosas? Lo que en los pobres es vicio, en los ricos es "cultura chic"...

Mi libro "PECADORAS" hubiera podido ser más eficaz. Tiene un defecto: he callado los nombres de sus protagonistas. Los he falsificado. He pensado en los hijos inocentes de esas pobres mujeres pecadoras...

Soy, confieso, un cobarde. Tiemblo frente a las inculpaciones con miedo de no haber sido bastante eficaz. Me asusta no haber sido bastante verídico.

Pueden leerlo las niñas. Pero, nunca podrán leerlo caballeros austeros, distinguidos y cultos que se enojan porque vieron, tal vez, en "PECADORAS", a sus propias mujeres y a sus hijas...

Por ellos, mi nuevo libro se titula: "NO LEAS ESTE LIBRO...", subtitulado: (El amor, las mujeres y otros venenos).

Y ahora, fariseos:

—¡Llevadme a la cruz!

CRIMINALES!

SOIZA REILLY, SE SABE MANTENER A SU ALTURA Y CUANDO TIENE NECESIDAD DE RELATAR UN DETALLE ESCABROSO O HUMANO, CONSIGUE HACERLO SIN MANIFESTAR LA OSTENTACION DE UNA IMAGINACION ENFERMIZA.-

EL QUE AFIRMA QUE SUS LIBROS "SON INMORALES" ES PORQUE TIENE UN CRITERIO ABSOLUTAMENTE EQUIVOCO SOBRE LA VERDADERA "MORAL"

Los originales del libro "CRIMINALES" fueron robados intencionalmente.
Luego su autor es amenazado con la

EXCOMUNION

Malgré tout: Lea Vd. "CRIMINALES" y sea Vd. mismo quien determine un éxito sin precedentes!

PRÓLOGO DEL LIBRO "CRIMINALES"

de Juan José de Soiza Reilly

CUALES SON LOS CRIMINALES QUE VEREIS AQUI...

Primero escribí: «PECADORAS». *Luego* «NO LEAS ESTE LIBRO». *Ahora* «CRIMINALES»!

El volúmen que tenéis en los dedos, viene a ser como un corolario de los dos anteriores. Una Sociedad que produce con tanta abundancia hombres ambiguos y mujeres dudosas, tiene forzosamente que producir almas de delincuencia. Almas de crimen. Flores del mal...

—¡CRIMINALES!

No vayáis a suponer que este libro contiene dramas de policía a la moda de Shakespeare. No son criminales solamente los hombres y mujeres que matan. Los autores de un crimen policial son, a menudo, menos criminales que el juez estúpido que se basa en la Ley para condenar a un inocente... Los asesinos que matan por pasión, son menos criminales que los periódicos que ensucian los ojos de nuestros hijos con la descripción de crímenes sangrantes. El periódico corrompe a la juventud para hacer un negocio. El asesino actúa gratis casi siempre. Mata por lirismo. Su corazón, — odio, celos, amor, venganza, — se le asoma a los párpados. Le llena las pupilas de glóbulos rojos y de glóbulos blancos.

El asesino policial procede como los animales, por instinto. Aniquila. Estrangula. Desquijada. Mata, en fin, como los heróicos soldados en la guerra: por obedecer a los sentimientos que le inculcaron desde niño.

Hay otros criminales más salvajes aún que los reos de cuchillo y revólver. Hay otros más terribles. Terribles. Horribles... Son delincuentes a quienes nadie se atreve a juzgar todavía. Las multitudes no tienen conciencia de la justicia justa que Dios pone en los dientes, en los piés y en las manos del pueblo... Por eso, aquellos criminales viven en la más celeste impunidad.

—¡Criminales!

Son privilegiados de la fortuna y de la jerarquía que matan a escondidas con todas las armas de Pandora. Sus delitos escapan al Código Penal, — código que únicamente persigue a los pobres... (Para los ricos existe, en cambio, el Código Civil).

Los criminales que veréis desfilar en este libro doloroso, — libro escrito con la rabia de mi propio destino, — pasan todos los días, a la vera nuestra. Son canallerías vestidas de honradez. Pasan entronizadas en sus automóviles, en sus dineros y en su gloria. Gozan de las delicias maravillosas de la tierra sin que nadie se que ostentan un orgullo de pellejo de loro, son los que gozan de atreva a vitriolarles en la cara sus crímenes. Y es así cómo esas damas suntuosas que ejercen la beneficencia pública y esos caballeros mayor prestigio en todas partes. Tanto prestigio gozan que, hasta en una cueva de ladrones son capaces de superar el prestigio de todos.

Y, sin embargo, esa chusma dorada que gasta millones en trapos y en luces de vidrio, — esa chusma es la que asesina, diariamente, en el alma del pueblo, el tesoro exquisito del ideal. El milagro del ensueño. La ilusión que abre a la juventud el camino del sol... (La injusticia amamanta a los lobos).

Veréis pasar a la dama millonaria que gasta millares de pesos en misas. (Es amiga mía. La conozco muy bien...) Sostiene sobre sus espaldas, cuatro iglesias y seis conventos con curas y monjas. No obstante; qué vaya un joven pobre a decirle que quiere estudiar! ¡Qué vaya a pedirle que le compre libros, pan y queso, hasta tanto logre obtener su diploma de ingeniero, médico, arquitecto...

—¡Vamos, portero! ¡Arroja a la calle a ese pillete! Debe ser un ladrón. Dice que quiere estudiar y tiene los botines rotos y en los ojos; un hambre!... Dile a Monseñor que pase a mi cuarto para darle el cheque prometido. ¡Pobre Monseñor! ¡Tan humilde! ¡Tan manso! ¡Corderito de Dios!

Veréis también en este libro a los criminales de los «buques negreros». Veréis cómo se mata, impunemente, desde arriba, a los pobres muchachos de talento que en las grandes empresas periodísticas gastan su genio en el trabajo anónimo. Veréis a Emilio Becker, muriéndose de pobre. Sin dientes. Carcomido. Roto a pedazos!... (Murió enriqueciendo a quienes, después de matarlo, lo llenaron de gloria).

No faltará en el desfile el millonario que amasó su plata con sudor argentino.

—¡Plata criolla, canejo!

Y veréis que ese potentado, cuyo nombre no he podido callar, deja, al morir, todos sus millones a...

—¿A la nación que lo hizo rico?

—¿Al gobierno, para fundar escuelas y crear instituciones de protección a la mujer?

No, gran Dios!... Deja sus millones al Sumo Pontífice de Roma para que le rece un Padrenuestro.

—¡Asesino!

Sí. Asesino, que mató para siempre la luz en millares de cerebros infantiles! Con esos millones de pesos pudieron abrirse mil escuelas. Pudieron cerrarse cien cárceles. Pudieron achicarse muchos cementerios. Pudieron aliviarse las miserias de cien mil profesores y maestros... Y veréis a otros criminales. Y a los demás. Y a todos aquellos que mi conciencia acusa con ganas de morderlos.

Un libro rudo. ¿Y qué? Mal gusto, no. Habilidad de hacerme oír...

Poca esperanza tengo en la dulzura acaramelada de los corregidores de costumbres. Los poetas maricas siempre fueron cantores de la decadencia y del militarismo... Para destruír los elementos aislados que pudren el ambiente, mejor que el ácido bórico de los tímidos, es la buena y santa fogata criolla que incinera el colchón y las ropas contaminadas del difunto.

Los ricos tontos no entienden cuando se les habla suavemente. La voz suave, es la voz de los arrepentidos y la de los lacayos. Para que esos ricos nos entiendan es menester rugirles en la boca. Hay que ladrarles en la piel... Diríase que las altas clases sociales, cuanto más cultas, cuanto más letradas y cuanto más refinamiento de ideología consiguen, más lejos están de la virtud legítima.

Todas las personas que han recibido de la sociedad de Beneficencia premios a la virtud, *son analfabetas...*

En cuanto a las campañas de calumnia y de intriga que este libro ha merecido antes de nacer, opongo la resistencia de mi buena hermanita La Pobreza. Y pláceme repetir las palabras del cardenal Bellarmino cuando los gusanos devoraban su cuerpo.

—¡Dejadlos que me coman! Son viles gusanos. Mis trabajos y mis sufrimientos serán premiados cuando yo haya muerto. En cambio estas pobres criaturas sin alma, no tienen sino el goce presente. Para ellas no habrá cielo...

¡Gusanos!

Juan José de Soiza Reilly.

Julio 1926.

TRES LIBROS DEL MISMO
AUTOR QUE NADIE DEBE
DEJAR DE LEER:

PECADORAS

NO LEAS ESTE LIBRO

(EL AMOR, LAS MUJERES Y OTROS VENENOS).

CRIMINALES!

(ALMAS SUCIAS DE MUJERES Y HOMBRES LIMPIOS)

PÍDALOS EN
TODAS LAS BUENAS
LIBRERÍAS.

Precio: $ 2.—

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
100020803O1